

SEMANARIO POLITICO
SE PUBLICA LOS JUEVES
Redacción y Administración
ALBERTO AGUILERA, NÚM. 52
Número suelto 10 cts.

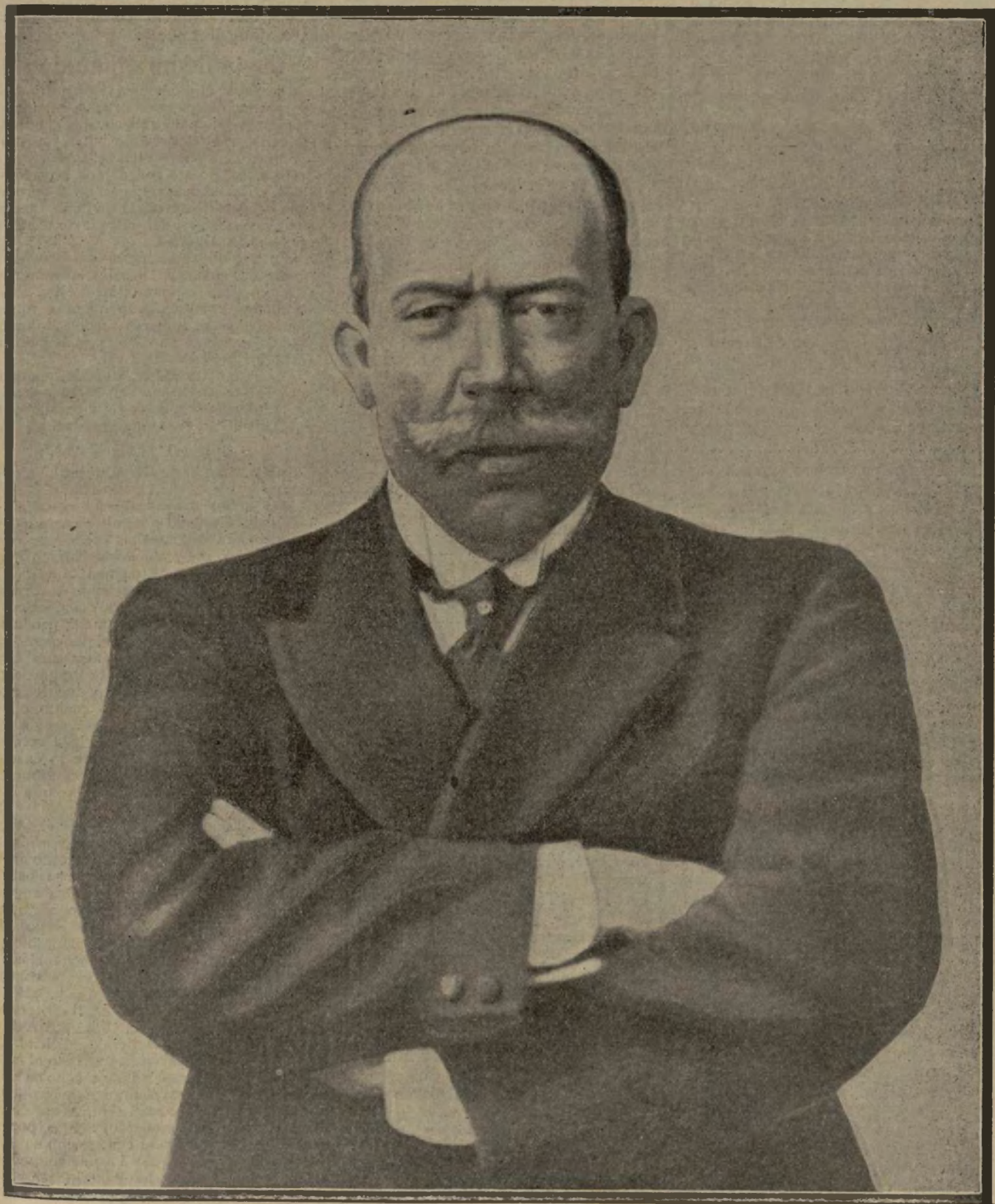
EL MOTÍN

SUSCRIPCIÓN
Madrid 1,50 pts. trimestre; Año 5.
Provincias 1,80 idem; Año 6.
Ultramar y Extranjero Año 10.
PAGO ADELANTADO.
Corresponsales 25 números USD

Año XXXII.

Madrid, Jueves 7 de Noviembre de 1912.

Núm. 45



José Costa Roselló

Ayuntamiento de Madrid

JOSÉ COSTA ROSELLÓ

Al salir yo de la cárcel en Mayo de 1908, recibí muchas excitaciones para que reanudase la publicación de EL MOTIN. Como no podía hacerlo, publiqué en Junio una carta-circular en varios periódicos, manifestándolo así, y diciendo que únicamente lo haría, si de antemano contase con número suficiente de suscripciones que me garantizaran por algún tiempo su vida; no debiendo nadie enviarme un céntimo hasta que saliese el primer número.

A los pocos días de publicada la circular, recibí esta carta:

Sr. D. José Nakens.

Venerado correligionario:

Para la reaparición de EL MOTIN, pongo á la disposición de usted mil pesetas en las condiciones que usted quiera aceptarlas para no herir su delicadeza; esto es, reintegrarlas á plazo, ó sin él; y cinco suscripciones anuales, de momento.

Espera su aviso, y queda suyo,

JOSE COSTA ROSELLÓ

C. de V., Serrano, 85. 24-6 808.

Quedé admirado de la oferta y de la manera de hacerla. ¿Quién era aquel señor del que no había oído hablar nunca?

Pasó el tiempo, vinieron muchas suscripciones, hicieron grandes pedidos los corresponsales, y en vista de esto me decidí, allá por Octubre, á publicar el primer número, puesto que la vida del periódico estaba asegurada.

Pero como sólo tres amigos me habían ofrecido para ese objeto cien pesetas y cincuenta otros...

Pensé en aquel desconocido, busqué su carta, que por casualidad encontré, y le escribí ésta:

Sr. D. José Costa Roselló:

Muy señor mío: Me veo obligado á aceptar el ofrecimiento de mil pesetas que usted me hizo en Junio para la salida del primer número de EL MOTIN.

De usted atento servidor q. b. s. m.

Al día siguiente se presentó en mi casa el hombre cuyo retrato va en primera plana, me entregó las mil pesetas, me preguntó si necesitaba más y se despidió, sin decirme otra cosa si no que me había querido antes de conocerme personalmente, y que era lector de EL MOTIN desde su fundación.

Después de esto, claro es, nos vimos muchas veces, intimamos, y supe que había sido diputado autonomista por la Habana, donde pasó muchos años dedicado al comercio; que vino á las Cortes y juró el cargo, mas no tomó parte en discusión alguna, por saber que cuanto dijera sólo serviría para exacerbar la opinión, completamente extraviada entonces. Y no me dijo más.

Cada vez que hablaba con Costa Roselló, descubría en él alguna cualidad sobresaliente: poseedor de tres idiomas, el francés, el italiano y el inglés, estaba

al tanto del movimiento político europeo y americano; su competencia en asuntos financieros era grande; sus juicios sobre hombres y sucesos de nuestra política, me admiraban por lo exactos y desapasionados, así como su conocimiento de las reformas que debían implantarse para hacer de España un país á la altura del más próspero. Cuando hablaba, me decía yo: «He aquí un hombre que, si viniese la República, podría desempeñar con igual competencia la cartera de Gobernación, que la de Hacienda, que la de Fomento, y, sin embargo, ni se exhibe, ni solicita un acta, ni es conocido en el republicanismo. ¿Cuántos no habrá así! La única esperanza de salvación que nos queda, es esta: que algún día vaya el Pueblo á buscar á los hombres de esta clase y de este temple, en vez de contentarse con los que van á buscarlo á él en demanda de aplausos, votos y cargos.»

Un detalle que debo consignar:

A causa de los compromisos que adquirí durante la suspensión voluntaria de EL MOTIN, que me impuse por no someterme á la de garantías en 1909, no pude disponer hasta Noviembre de mil pesetas. Al intentar dárselas á Costa Roselló, me dijo: «¿Le corre á usted mucha prisa devolvérmelas? A mí no me corre ninguna recibirlas. Aplíquelas á la propaganda del periódico, y cuando usted se naga rico...»

Le estreché la mano y le respondí: «Desde primeros de año daré el periódico con caricaturas.»

Y dicho esto, daré algunos datos de su vida, adquiridos después que ha muerto.

Nació en Jeresa, asistiendo durante dos años á las Escuelas Pías de Gandía. Desde los catorce se dedicó al comercio, permaneciendo en Valencia hasta los dieciocho años, en que marchó á la Habana. A los cuatro ó cinco de estar allí, era ya apoderado de la casa de comercio de los señores Torrendell y Compañía, y dos más tarde se hizo cargo de la casa, á la sazón de escasa importancia.

Con su gran capacidad y talento comercial transformó la modesta casa de Torrendell y Compañía en la importante de Costa, Vives y Compañía, Costa y Compañía, Costa Fernández, etc., hoy Fernández Trápaga, dedicando las escasas horas que le dejaban libres los asuntos comerciales á ilustrarse en diversas materias, literarias inclusive, y á aprender idiomas.

Y adquirió tan justa y merecida fama de inteligente, competente y honrado, que fué nombrado Consejero de los Ferrocarriles Unidos de la Habana y Almacenes de Regla y del Banco del Comercio; y á la vez de hombre de carácter tan entero, que el general Calleja tuvo especial empeño en que desempeñase la alcaldía de la Habana en la época difícil de su mando, sin conseguir que aceptase el cargo.

Después de la catástrofe abandonó la Isla y se retiró á Jeresa, donde hizo todo el bien que pudo, costeando una escuela

donde se educan de cuarenta á cincuenta niños. Más tarde se estableció en Madrid.

Estos breves apuntes bastan para juzgar al hombre inteligente, digno, perseverante, y trabajador.

Para juzgar al político y al patriota, nada como copiar la carta que dirigió á *El Mercantil Valenciano* en 11 de Mayo de 1898 cuando vino á España de diputado, y que este periódico publicó el día 13 con este preámbulo:

Carta de un diputado

«Por llevar al pie la firma de un diputado por la Habana, y en prueba de nuestra imparcialidad, publicamos la siguiente carta, pero declarando antes que no aceptamos el criterio del Sr. Costa.

«Nosotros no nos resignamos, no podemos, no queremos resignarnos á perder una pulgada de territorio sin luchar hasta morir, y menos si esa pulgada de territorio está en América.

«En esto no transigimos.

«Muchas culpas pesan sobre la restauración; muchas responsabilidades han constraído sus hombres, pero ninguna culpa tan grande ni ninguna responsabilidad tan tremenda como habernos llevado á esta terrible crisis nacional.

«Y consignada nuestra opinión, aunque no era necesario, por ser harto conocida, publicamos la carta del diputado por la Habana, Sr. Costa, que dice así:»

Jeresa, 11 Mayo 1898.

Señor Director de «El Mercantil Valenciano»

Muy señor mío y de mi consideración más distinguida. Siempre que me encuentro aquí en España, suelo leer con gusto el valiente y popular periódico que usted dirige, del cual tengo á la vista el artículo «No nos incomodemos», correspondiente al sábado último, día 7, artículo que debo confesar á usted me ha producido una agradable impresión, por cuanto se aparta sensiblemente de la literatura que por lo general se sirve á este desgraciado país, y que consiste en no decirle casi nunca la verdad, sobre todo cuanto le interesa.

Y siempre es meritorio decir la verdad y tratar de hacer opinión sobre lo exacto y positivo, mucho más en circunstancias tan críticas y supremas como las que España atraviesa.

Con tal motivo, y alentado por el carácter del periódico de su digna dirección, y sin mas títulos que los que tiene todo buen español para tratar del bien de su patria y el buen deseo de acertar en los angustiosos momentos actuales, me permito hacer á continuación, y á grandes rasgos, algunas consideraciones sobre el problema que hoy embarga toda nuestra atención.

Si usted creyese que pudieran contribuir en algo á ilustrar la opinión, así no encajaran por completo en el criterio ó programa del periódico, yo me atrevería á rogar á usted que les diera publicidad.

No es España país rico, ilustrado ni fuerte. No hay para qué insistir mucho en ello, puesto que eso está al alcance de cualquier persona que conozca medianamente lo que constituye el mundo moderno. Somos, por el contrario (doloroso es confesarlo), un país semidecadente, gracias á los defectos antiguos de la raza y que se exteriorizan principalmente en dos cosas; poca instrucción y mala administración; la segunda consecuencia de la primera.

No quiere esto decir que, aun cuando yo reconozca, con tristeza, que atravesamos un periodo de postración y decaimiento, con relación sobre todo á los demás pueblos modernos, desespere ni mucho menos de la regeneración de la raza. Tengo, por el contrario, mucha fe en los destinos de ella, si se consigue sacarla pronto del letargo en que yace sumergida.

Los pueblos se regeneran y son susceptibles de regenerarse por acto de su propia voluntad. La historia está llena de ejemplos, y muy recientemente ros lo ofrecen Italia, Francia, el Japón. Para que la regeneración sea rápida, es menester que se opere simultáneamente: arriba, por medio de una inteligente y honrada acción política, y abajo por medio de la escuela.

En el pueblo español quedan aún en germen (y los mismos pueblos extraños convienen en ello) energías y vigor de raza poco comunes; búsqense los medios apropiados para desarrollarlos, empleando, si es necesario, fuertes revulsivos.

Pero importa mucho no malgastar esas energías, desviándolas de su legítimo cauce, como acontece hace tiempo; y mucho me temo que, si no se hace un pronto llamamiento á la opinión pública, al país en suma, para que despierte y se dé cuenta de la verdadera situación en que se encuentra, y ponga rápido y eficaz remedio, los gobernantes que padece España tantos años há, van á dejarla tan extenuada y exangüe, que después será punto menos que imposible hacerla revivir.

A causa de los errores de la política colonial de nuestros gobiernos monárquicos, España se ve hoy envuelta en una guerra con los Estados Unidos, con una insurrección formidable en Cuba y con otra en Filipinas. La sola guerra con los Estados Unidos es ya tarea superior á nuestras fuerzas. No hay mengua en confesarlo. Siempre sería una guerra desigual, y lo es mucho más ahora que nos pilla con nuestros recursos casi agotados por las dos insurrecciones de Cuba y Filipinas. Y como las guerras no se hacen con exclamaciones ni con alardes de valor, si no con dinero, resulta que nos encontramos muy mal parados para hacer frente con éxito á pueblo tan fuerte y poderoso como los Estados Unidos. Esta es la verdad descarnada y escueta.

En tal situación ¿qué podemos prometernos y á qué podemos aspirar? ¿A vencer? Sería locura pensarlo. Aun suponiendo que de momento obtuviéramos alguna ventaja parcial sobre la escuadra de los Estados Unidos, al fin de la jornada seríamos fatalmente vencidos, por que ni nuestros recursos tienen comparación con los suyos, ni la distancia á que se encuentra España del teatro de la guerra permite hacer nada de provecho. Todo nos ha de resultar doblemente costoso y difícil: los aprovisionamientos y las evoluciones de nuestros buques, ¿Para qué, pues, vamos á luchar? ¿Por honor nacional? ¿Es que hay honor siquiera en lucha tan enormemente desproporcionada? ¿Para demostrar el valor de España? Precisamente es lo único que España no necesita probar; y por si hubiera sido necesario, harto se ha evidenciado de manera bien gloriosa y desgraciada en Cavite.

Aquí lo malo, lo terrible es embarcarnos en una aventura sin límites conocidos, sin saber cuándo hemos de detenernos ni cuándo podremos volver atrás. Preferible es abordar el problema de frente y con resolución, no importa lo mal parado que

pueda quedar nuestro amor propio; y hay que principiar por reconocer (y eso puedo yo afirmarlo con tanta autoridad como el que más) que Cuba estaba perdida desde que se vió que la autonomía no daba el resultado que todos esperábamos, gracias á la obcecación de los cubanos, convertidos en instrumento de las codicias de los yankees. Desde el momento en que las potencias europeas, con mengua de la justicia y de la moral, nos han dejado solos enfrente del coloso americano, la pérdida de la isla de Cuda ha quedado sancionada y consentida. Y ciego será el que no lo vea ó no quiera verlo; pues aun en Francia, por donde recientemente he pasado, he visto que, en efecto, se simpatiza mucho con nosotros, pero no se pasa de la simpatía platónica; y ya se nos aconseja, por medio de órgano tan autorizado como *Le Temps* (véase el número del día 8 del actual) «que nos resignemos virilmente á tomar el partido de los sacrificios inevitables y que busquemos una solución compatible con el honor y conforme con las leyes del destino.»

Esta es la situación en toda su triste realidad, y así hay que decirselo al país: ruda, pero francamente. Si acudimos á tiempo, todavía podremos salvar á Puerto Rico y quizá Filipinas: de lo contrario, los perderemos también, sin ganar en cambio un ápice más de gloria ni de honor, que tampoco nos hacen falta, pues que hasta nos sobran grandes cantidades en toda nuestra historia. Pero lo que sí no podemos ni debemos, es desangrar este cuerpo social, hasta el punto que después no basten los más poderosos reactivos para levantarlo.

En suma: que hay que ir derecha y prontamente á la paz, de la manera más honrosa posible, y no empeñarnos por mucho más tiempo en una aventura tan desdichada como las del propio D. Quijote, porque, al paso que vamos, desaparecerá el país que trabaja, produce y paga, y la Historia de España, como al fin del reinado de Carlos II, tendrán que continuarla los curas y frailes, toreros y empleados. Resignese, pues, el país á una amputación dolorosa, pero inevitable, y guarde el resto de sus energías para regenerarse, barriendo toda la podredumbre que lo des gobierna y aniquila hace un cuarto de siglo. Y así como Francia, después de Sedán, cortó toda la gangrena política del segundo imperio que la corroía, resurgiendo enseguida más fuerte, reaparezcamos nosotros pronto ante el mundo como un pueblo que no ha muerto ni morirá, y que tiene, tanto como el que más, derecho á compartir la vida moderna y á intervenir en el futuro de las naciones, principalmente las de América, casi todas ellas hijas suyas.

Aprovecho esta ocasión, Sr. Director, para ofrecerme de usted muy atento seguidor servidor q. b. s. m.,

JOSE COSTA ROSELLÓ

Diputado á Cortes por la Habana.

Esa carta, rebotante de patriotismo, de buen sentido y de sinceridad, y de la que no tenía noticia hasta que ahora me ha hablado de ella su hermano Ricardo, valióle á Costa los dictados que entonces se aplicaban á quienes tenían el honrado valor de decirle la verdad á España: «mal patriota, laborante, insurrecto, mambí, traidor, etcétera (hable Pi y Margall); y estuvo en poco que al ir días después

de publicarla á Gandía, no lo atropellaran, en unión de su hermano.....

A los tres meses los vituperios se trocaban en alabanzas.....

Me he honrado rindiendo este pequeño tributo á la memoria de un hombre de tanto valer y tanta modestia, y que me quiso tanto como lo quise: por tres razones:

La primera, por decirle públicamente á su señora esposa, sus hijos y sus hermanos, que tomo parte viva en su duelo.

La segunda, para demostrar que en el partido republicano hay hombres que valen mucho, y que no son precisamente los que más se exhiben.

Y en tercera, para que los lectores de EL MOTIN sepan á quién debí la satisfacción, tan anhelada, de volver á ponerme en comunicación con ellos.

JOSE NAKENS

La lámina de hoy

En el número 38, correspondiente al 19 de Septiembre, publiqué las infamias, crueldades y asesinatos que cometieron los carlistas con los prisioneros de Herrera.

La lámina de hoy representa el momento en que los soldados, después de llevar *dieciséis días sin ración*, piden por favor á los carlistas que acaben con ellos.

LETRINA DESTAPADA

«¡Inmundo río de cieno,
bajo cuánta flor corrias!»

Estos dos versos de un drama de Selés, vienen que ni de molde para aplicárelos ahora al partido carlista, que pretendía engañar á España alardeando de todo lo que no tenía: unión, disciplina, abnegación, seriedad..., siendo así que están más divorciados unos de otros, y se odian más, y se tiran más al codillo que nosotros los republicanos, que es cuanto puede decirse.

Digros sucesores de aquellos intrigantes y traicioneros de las Cortes de Oñate ó Estella, conspiran constantemente unos contra otros, por predominar en el ánimo de D. Jaime, ó dominarlo, según intentó ese démine solemne, llamado Mella, apelando todos á procedimientos indignos y miserables.

Hace tiempo que todos los conspicuos del carlismo estaban al acecho de una ocasión para demostrarse el amor que se profesan, y se la ha presentado una carta que su rey y señor ha enviado á un periódico del partido, *La Monarquía Federal*, en la cual hay estos párrafos:

«No hagáis de un semanario político un púlpito; pero hablad siempre en católico dentro de los principios de nuestra bandera. Los asuntos religiosos dejadlos para las revistas católicas propiamente tales.

No os erijáis en directores desde las co-

lumnas del periódico Sed, si, auxiliares de las autoridades por mí constituidas; no queráis pasar por encima de ellas.

Tratad con justicia á todos y no erijáis ídolos por medio de la Prensa, ni queráis imponer personas y cosas enfrente de la autoridad de mis representantes.

Educad y enseñad al pueblo nuestros principios y preparadlo para las luchas modernas de la vida y del trabajo, única manera de salvar la patria y la legitimidad.

No he de hacer hoy todos los comentarios á que se prestan esos párrafos; pero si consignaré con gusto esta observación: que D. Jaime declara en ellos, harto y asqueado de los clericales, que han llegado á su partido de fanatismo y de hipocresía, el catolicismo, que rebaja á artículo de segunda necesidad en su programa sometiendo á la política que na de limitar las fronteras religiosas; y que sobre las palabras «Dios, Patria, Rey» escribe «Vida y Trabajo» como únicos elementos para salvar la patria.

Ya estoy viendo al Mella y á toda la caterva de bestos rasgando sus vestiduras con toda la solemnidad del fariseo, pidiendo al Papa la excomunión de don Jaime por ateo en filosofía y política, y á la turba jesuitica, armadora de los requetés frailunos, protestar indignada contra esta soberana desautorización que la pone en evidencia.

Si D. Jaime ha querido con esto notificar al clericalismo que no se presta á servir de testafarro á sus planes, y que no se deja aprisionar, como mentecata mujerzuela, en las redes jesuiticas, ha acreditado el buen gusto de su olfato, incapaz de resistir los bahos de la roña de sacristanes silvestres y de frailes pringosos.

¿Qué dirán mi amigo Laguarda y su adjunto en carcundería el cura Brosa?

Ahora se va á confirmar lo que vengo diciendo, de que no cabe en el carlismo histórico la decencia. Todo hombre medio decente acaba por sentir náuseas ante la crueldad, felseaf y vileza de los canchales que hacen del carlismo un título y una profesión, por carecer de dotes que honren una personalidad.

*

¡Y no digo más por hoy, pues aguardo á que durante esta semana se arme tal zalgarda entre esa gentuza, que no tenga yo otra cosa en el número siguiente que coger las tijeras, recortar retazos de los trajes que se corten, y coser...

Y cantar.

CONSEJOS

Desgraciadamente estoy ya en condiciones de darlos, si no por sabio, por viejo. Sirvanse oír estos dos mis amigos.

No hagan maldito el caso de lo que los carcas digan de mí, y échelo á broma, cual yo lo hago. Una carcajada á tiempo

mata mejor que un pistoletazo. Además, las pelladas de barro que tiran los chicos á una estatua de mármol, desaparecen á las primeras gotas de agua que caen.

Y no se preocupen ni se indignen tampoco, porque los prohombres del partido nada hay en dicho sobre el ridículo conato de tentativa de atropello, llevado á cabo por los dos heroicos defensores del trono bufo y del altar ensangrentado en esta redacción.

No hay que exagerar, amigos, no hay que exagerar. Esos señores no han dicho nada, porque la cosa ha carecido de importancia. Habiérsela tenido y...

Habrían obrado lo mismo, si no les convenía en aquel instante aparentar que se indignaban.

¿O es que todavía no se han enterado ustedes de que, si en los irrecurables designios de la Providencia entrase el de que yo finiquitara trágicamente, no se alegrarían algunos republicanos tanto como los mismos clericales?

A éstos podría mi escabechamiento proporcionar algún disgusto gordo (de lo que, entre paréntesis, me alegraría infinito); mas para aquéllos sería un acontecimiento fústo. ¡Verse l bres del hombre que jamás transigió con sus farsas, ni les ayudó á engañar al Pueblo, engaño que realizaron los unos para satisfacer su vanidad, los otros para adquirir influencia con la monarquía, algunos para mejorar de fortuna!...

No me ocurrirá na la, en primer lugar por que Dios no quiere la muerte del pecador, y en segundo, por que ya se convencerán los requetés del escaso servicio que prestarían al clericalismo desahuciándose de este valle... de lágrimas, para instalarme en la cima del Himalaya de la celebridad, con los honores de martir, ya que, (y en honra mía lo diga), no pudieran concederme los de virgen, salvo en la parte donde no suelen serlo mucho de los niños educados en colegios clericales.

Pero si me ocurriese, tengan por seguro esos amigos que hoy se sulfuran, que habría muchos de esos ilustres del género Boro ó Benisia, que rezarían aquella noche más oraciones que han por costumbre, para dar gracias al cielo por haberlos librado de éste que despreció siempre á la mayoría de ellos lo bastante, para no extrañar e ahora de que ninguno haya dicho jeta boca es mía!; boca que tuvieron abierta siempre, ora para pedir votos al Pueblo, ora para ofrecerle lo que jamás le dieron.

Cen que no hablemos más de esto, pues no merece la pena. Y si yo he hablado ahora, ha sido únicamente para que conste que esto y convencido hace mucho tiempo, pero mucho, de que soy el republicano que se encuentra más solo arriba, y más acompañado abajo.

Y en esto precisamente fundo mi orgullo.



Margaritas á carcas

Una de cal

Recibo tantas felicitaciones y aplausos y ofrecimientos, que si á publicarlos fuera, llenarían el número: por esa razón no los reproduzco. ¿Y para qué, si yo nunca procuré mi exaltación personal, y en la labor de ahora sólo trato de recordar á España lo que fueron los carlistas, y pintarle lo que son hoy, para que deduzca lo que serán mañana, y se prepare para acabar definitivamente con ellos en cuanto se proponen á algo más que la izir al asesinato unos cuantos inconscientes, ganosos de alcanzar renombre entre los suyos, ó vivir de sus proezas presidenciales, ó abrir un boquete en el cielo con la navaja ó la pistola, á fin de colarse luego en él por los siglos de los siglos?

Porque estamos ya todos en el secreto de cómo prepararon siempre los antecesores de mis vecinos del número 25, los crímenes que les convinó realizar: comprando con dinero á sus autores ó atracáñolos de hostias consagradas; es decir, satisfaciendo su codicia, ó exaltando su fanatismo.

Los de ahora tendrían una ventaja, si se decidieran á fabricar Rivaillacs de á perro chico; que como hay mucha miseria, por tres pesetas mal contadas comprarían cuatro ó cinco, ó en un par de confesiones convencerían á cualquier imbécil ó desequilibrado de que podía pasar fácilmente por héroe ó mártir de la santa causa.

Pero advierto que aún no he dicho claro lo que pensaba, que es esto:

Dispénsenme mis amigos el que no publique los escritos que me envían, no sólo por ser muchos en número, si no porque la mayoría tienden á presentarme como un ser excepcional, cuando no soy más que un hombre que ama la Libertad y á España con la misma fuerza y vehemencia de todos los que me felicitan.

Y lo mismo digo á los periódicos que me elogian.

Otra de arena

Mas no vaya á creerse que son de felicitación todos los escritos: los recibo también de reprobación y amenaza.

Entre éstos vienen algunos tan terribles, que conseguirían ponerme los pelos de punta, á no ser porque tengo ya la cúpula más lisa que una bola de billar.

No hay parte ninguna de mí ya casi fosilizado cuerpo, á la que no hagan blanco de alguna caricia macabra.

Cabezas, no sé cuántas quieren cercenarme, olvidándose de que ya sólo tengo una; de ojos, cuántos quieren vaciarme, sin fijarse en que sólo tengo tres; y de otros ya averiados artefactos, cuantas docenas quieren cortarme, para dar testimonio de que ellos los tienen.

Aunque, á decir verdad, en lo que más

se ceban es en mis vísceras; con mi corazón quieren hacer herreros: desde la punta alada que me lo parta por la mitad, hasta el picadillo que podría servir para alimentarse señores, nada escapa á sus fervorosos anhelos.

Pero la entrana de su preferencia, son mis hígados; quieren comerlos asados, fritos, en salsa, hasta crudos! Se concede que han consultado un Manual de cocina para enterarse de todas las formas en que pueden culinariamente utilizarlos.

Mi sangre es la que hasta ahora escapa mejor: se contentan con beberla; mas no desconfío que alguno caiga en la cuenta de que no estaría mal con cebolla, frita, ó en morcilla.

Tampoco se ensañan mucho con mis riñones: sólo me han ofrecido tundírmelos á estacazos, operación que algunos amplían hasta mis costillas y lomos.

Con mis tripas no se muestran muy crueles: se contentan simplemente con sacármelas.

Abundan también los que prefieren para sus ensayos anatómicos la lengua con que hatlo y la mano con que escribo; no faltando quien se corra hasta el arrancamiento de orejas.

La parte única contra la que hasta ahora no han lanzado amenaza alguna, ha sido mi nariz; tal vez sea para que pueda olfatear perfectamente los perfumes que exparcirá mi bandullo al ser pinchado; perfumes que galantemente ofreceré á mis vecinos del número 25, si presencian la operación desde su torre del Homenaje, como Carlos Chapa presenció desde el palacio de Loredan el asesinato de hugonotes.

¿Pero qué estoy diciendo, si no fué Carlos Chapa sino Carlos X, quien presenció aquellos asesinatos, y desde el palacio del Louvre y no desde el de Loredan? ¿Estaré perturbado por el miedo, que confundo ya á un revulso con otro chipen, sólo porque ambos fueron afionadillos al derramamiento de sangre?

Me convenzo ahora de que no hay medio de hacer airoosamente de tripas corazón (y vuelta al corazón y las tripas!) en ciertas situaciones; el cerebro se convierte en un vivero de ideas inconexas, que al chocar y confundirse producen el caos, llegando hasta el absurdo de suponer que pueda ser decente un jesuita, caballero un requeté y liz pia de cuerpo y alma una beata.

Y no prosigo, porque *il mio cuore de tiene su tic-tac y las tiemblas me pierran.*

¡Egoistas!

No sé porqué los carlistas se enfurecen tanto conmigo, cuando no hago más que imitarlos.

¿No aspiran á resucitar el pasado, y, para demostrarlo, asesinan en el presente á los liberales que pueden? Pues yo quiero resucitarlo también.

¿O son tan egoistas, que pretenden honrar á sus padres imitando sus hazañas, y me impiden á mí secundar su intento?

Si están orgullosos de su historia ¿por qué cerrar contra mí que la difundo, para que las generaciones nuevas sepan documentalmente lo que fué aquel conjunto de *guerreros y de santo*?

¿A qué indignarse porque yo, fiel narrador de hechos irrefutables, encienda la antorcha de la Verdad, para que á sus resplandores se destaquen con relieve glorioso los asesinatos, los robos, los secuestros, los fusilamientos, las violaciones que cometieron en nombre de la religión, simbolizada en su partido? ¿O es que puede nunca avergonzarse un perfecto católico de los actos que realiza por servir la causa de Dios?

¡Díjame, díjame, dejame extender por el Orbe vuestros incomparables hechos, ya que, por modestia, calláis los que mejor os retratan, atentos sin duda á aquella máxima: «la alabanza en boca propia envilece»; y estad seguros de que no invadiré el terreno que vosotros habéis elegido para extender vuestra propaganda.

Os doy palabra de que, á fin de ayudaros sin estorbaros, iré por la acera de enfrente; así nadie dirá de mí que apeste las malas compañías.

El «Almanaque»

Hablad claro, santos redactores de los santos periódicos de la santa causa de la religión santísima.

Lo que más os escuece de cuanto he hecho en estos últimos tiempos contra el carlismo, ha sido indudablemente la publicación del *Almanaque*, donde se relatan al pormenor vuestras inclitas hazañas. Y lo comprendo.

Creíais que todo estaba ya olvidado, porque la prensa liberal, parte con su silencio, y parte con su benevolencia, había dado beligerancia de partido á vuestras hordas, y hoy y salgo yo con ese maldito *Almanaque*, cemostrando lo que fuisteis, lo que sois y lo que seréis. Y naturalmente: os habéis enfurecido.

Mas como, de hablar del *Almanaque*, os exponíais á que algunos de los vuestros entraran en deseos de leerlo, por aquello de la fruta del árbol prohibido, y se enterasen de lo que hicieron sus egriegos antepasados, habéis enfiado el ataque por otro lado, cual si yo necesitara reclamo de nadie para que se venda el *Almanaque* como pan bendito.

Y eso que, y para que no juzguéis cómplices de mi crimen á los liberos de Madrid, y hasta para que los estéis agradecidos, os diré que el día que salió un empleado de esta casa á correr el *Almanaque* por las librerías, trajo esta nota de pedido:

| | |
|------------------|--------------|
| San Martín..... | 6 ejemplares |
| Fernando Fe..... | 6 — |
| Romo..... | 3 — |

¡Quince ejemplares en todas las librerías de la capital de las Españas, centro de la cultura nacional!

Y yo, comprendiendo que si servía ese fabuloso pedido, no me iban á quedar *Almanaques* para servir á mis lectores,

¿ful y que hice? *No mandarles ninguno.* Y gracias á esto, he podido enviar á estas fechas *cuatro mil y pico* á provincias, á Barcelona especialmente. Y espero, Dios mediante, mandar en todo este mes los que me quedan de los ocho mil que tiré, y hacer en Diciembre otra edición.

Pues así como Cervantes decía en la *Dedicatoria* de la segunda parte del *Quijote* al conde de Lemos: «...y emperador por emperador, y monarca por monarca, en Nápoles tengo al grande conde de Lemos, que sin tantos titulillos de colegios ni rectorías me sustenta, me ampara y hace más merced que la que yo acierto á desear»; yo, más afortunado en esto que Cervantes, puedo exclamar orgullosamente: «Y teniendo yo tantos lectores de EL MOTIN que compran los libros que escribo, ¿para qué necesito á los libreros?»

Cuando recuerdo que estos son los mismos que allá por los años 1883 y 84 tomaban entre todos *mil ó mil doscientos* ejemplares de cada libro anticlerical que EL MOTIN publicaba, el mismo día que se ponía á la venta, y que hoy no se atreven ni á exhibirlos en el escaparate, me acuerdo de aquel ciudadano que se arrepintió en la cruz hallándose á la derecha de Cristo, y me confirmo en la idea de que *la Historia se repite.*

El ejemplo de Bulgaria

Los turcos se enrollados como si fueran una de sus alfombras. En sólo diez días se está derrumbando esa obra de seis siglos que se llamaba Imperio otomano. Los montenegrinos han aislado á Scutari; los griegos cortan en Verria las comunicaciones de Monastir con Salónica y amenazan esta plaza. La campaña de los servios en Macedonia es un avance no interrumpido, desde el Novibazar hasta Istib. Veinte plazas, cientos de cañones y miles de enemigos se les han rendido. Las poblaciones de las tierras invadidas se alzan unánimes no contra los invasores, sino contra los restos del ejército turco disperso que mandaba Teki Pachá. Estos restos tienen ya cortada la retirada á Constantinopla y á Salónica.

Pero la maravilla de las maravillas es la campaña de los búlgaros en Tracia. Los búlgaros se hallan, no ya en Adrianópolis, sino á mitad de camino entre Adrianópolis y Constantinopla, cortando la retirada las tropas de Zazim Pachá, que son las mejores tropas turcas. Nazim Pachá habla ya de dar una batalla desesperada y de morir si no consigue sacar á sus tropas del Sedán en donde las ha metido las inesperadas y audacia y potencia de los búlgaros.

¿Qué ha ocurrido? Sencillamente, que los turcos habían menospreciado las fuerzas y el talento de sus enemigos. Al despedirse en Constantinopla de Sarafoff, dijo no hace muchas semanas Nurachungian Pachá: «*Bulgarie est pour nous une quantité négligeable. Nous ne nous préoccupons pas.*» (Bulgaria es para nosotros una cantidad despreciable. No nos preocupamos.) Y, en efecto, hasta ahora, en cada combate, los búlgaros han estado en mayor número que los turcos, con mejores cañones, con mejores oficiales y con mucho mejores generales.

Los turcos se habían fortificado en Adrianópolis. En lugar de atacar á Adrianópolis, los búlgaros simularon un ataque frontal sobre la plaza y acumularon sus fuerzas sobre Kirkilisse, de donde podían cortar cuando quisieran, como han hecho, en efecto, las comunicaciones de Adrianópolis con Constantinopla. ¿Pero cómo no han previsto los turcos que el enemigo trataría de rebasarle los flancos? ¿No era lo elemental? ¿No disponían los turcos de servicios de exploraciones? ¿No tenían quien les informara de los movimientos del enemigo? El caso es que en el botín de los búlgaros figuraban dos aeroplanos, no utilizados por los turcos, porque no los sabían manejar, ó porque les faltaba gasolina, ó porque se habían descompuesto los motores. La derrota de los turcos se explica, á última hora, porque sus generales no se entendían y sus regimientos se tirotearon entre sí.

Es siempre la misma historia: la ceguera de los predestinados á la catástrofe, la falta de preparación previa, la precipitación de última hora. Y es que lo que no se haga con la cabeza en tiempos de paz en el ministerio de la Guerra, no se hace luego con los pies en el campo de batalla. La guerra ha de hacerse, sobre todo, en la paz. El entrenamiento de la paz ha de ser más severo que el mismo de la guerra. Sólo cuando se ha hecho trabajar á los oficiales en el trabajo del cuartel, de la maniobra, de la administración y del estudio del plan de campaña y de las fuerzas á su mando, es posible esperar la victoria.

Cuando se declaró la guerra del 70 entre Prusia y Francia, cuenta la historia que los oficiales prusianos respiraron con libertad. La guerra significaba para ellos el descanso; la paz había sido una concentración violenta del pensamiento y de la actividad durante años enteros en el negocio de la guerra. En el caso actual no cabe duda de que los turcos no habían preparado la campaña, y los búlgaros, en cambio, liasta en sus detalles. Pero ¿qué derecho tienen á la existencia los países imprevisores y desprevenidos?

Y ahora muy en secreto, para que nadie mas que nosotros nos enteremos, trataremos de concordar algunos datos. Bulgaria tiene una población total de unos 4 millones de habitantes. Ha puesto en pie de guerra á 400.000 hombres; el ejército que opera en Tracia no baja de 200.000 soldados. Con una población que apenas excede de la mitad de la de Londres, ha dispuesto de un ejército más poderoso que el del Imperio británico, con sus 400 millones de súbditos.

Otro dato; pero en voz tan baja, que ni nosotros mismos lleguemos á enterarnos. No cabe duda de que el ejército búlgaro se ha presentado en Tracia equipado con los mejores cañones modernos, con el mejor material de guerra que ha podido procurarse. Bueno; el presupuesto de guerra de Bulgaria es... no lo digamos á nadie ¡olvidémonos pronto de la cifra!... ¡de unos 37 millones de pesetas anuales! El presupuesto total del país es de 125 á 150 millones anuales de pesetas para todos los servicios públicos. No hagamos comparaciones, que serían excesivamente dolorosas. El hecho escueto es que con un presupuesto de 37 millones anuales de pesetas se prepara un ejército de 400.000 hombres, con 200.000 en el campo de combate.

Se me dirá que Bulgaria es un país de soldados en que la gente sólo piensa en matarse desde que nace hasta que muere;

que ese poder militar representa la atrofia de las demás actividades. Pero, señores, no es así. En el año 1878, al conquistar Bulgaria su autonomía, no había en el país mas que un número de escuelas privadas que podía contarse con los dedos. En 1881 había ya 1.760 maestros. En 1900 pasaban de 10.000. De esos maestros han salido discípulos como ese general Savoff, el ministro de la Guerra creador del ejército búlgaro, el hombre que ha concebido el plan de la campaña, el Moltke de Bulgaria, como ya le llama la Prensa de Europa.

Ahora bien; hace ya varios años que oigo la cantinela de que los pueblos pobres y pequeños no pueden aspirar á defender su puesto en el mundo frente á las codicias de los grandes. El ejemplo de Bulgaria, un pueblo que no existía sino como recuerdo histórico hasta 1878, prueba que, por pobre y pequeño que sea, no hay pueblo que no logre elevarse, como aprenda á aprovechar hasta los últimos minutos y hasta las últimas pesetas.

RAMIRO DE MAEZTU

Londres, 29 de Octubre de 1912.

Otra bomba anarquista

Los tribunales para niños

Cada vez que las gentes de la Monarquía hablan de patria, de moral, de beneficencia y de justicia, hay que echarse á temblar, preguntándose enseguida: ¿dónde están las víctimas? ¿dónde está la breva? ¿dónde los paniaguados para chuparla?

No sabemos hasta qué punto será aplicable este criterio de escarmentados, al proyecto de ley que tiene anunciado el ministro de Gracia y Justicia, Arias de Miranda.

Lo que se ve claro es que antes de idear nuevos organismos en esta máquina destartada de la nación española, debiérase procurar quitar las ruedas viejas que estorban todo movimiento ordenado.

Mientras no se haga esto, todo intento nuevo es aumentar el trastorno de este ciempiés del Estado español.

Por lo pronto debemos sospechar de la eficacia de esta nueva quisicosa puesta en manos de los eternos desmoralizadores funcionarios del Estado, reclutados de entre los yernos, sobrinos y primos de los parásitos de la nación, estériles para todo bien y fecundos sólo en el mal.

El proyecto, según el articulado que ha publicado la prensa, va á ser una nueva inmoralidad oficial; una trinchera desde la cual algunos menguados acecharán contra los padres y los hijos en el uso del derecho de la patria potestad, de la cual se declara dueño eminente un *Estado católico*, es decir, un Estado que tiene jurado odio á la paternidad, postergada é infamada en sus leyes; al matrimonio, entregado á poderes extranjeros, profesionales del celibato, y que declara al niño *hijo del pecado* y concebido en el pecado, odiado de Dios y maldito antes de ser engendrado.

Estado tal, ¿qué capacidad tiene para legislar acerca de los niños?

Antes debiera borrar de sus Códigos las leyes criminales contra ellos, comenzando por esta ley constitucional del catolicismo, que presenta á la Naturaleza como maldita de Dios, y á la especie humana como hija

de la iniquidad, de la brutalidad y de la inmundicia de las pasiones.

Y continuando el expurgo del árbol nefasto legislativo, debiera cortar esa rama inicua de hijos ilegítimos y naturales lanzados de la casta nacional y arrojados á la ilegitimidad, desposeídos de todo derecho y encadenados sólo á las leyes penales, á semejanza de los parias.

Debiera borrarse de las páginas del Derecho ese vergonzoso privilegio que prohíbe la indagación de la paternidad, violando el primero y más elemental de los derechos del individuo.

Debiera, por fin, poner sus leyes en armonía con las de los demás pueblos, en lo que tienen de progresivo y beneficioso, para quitar la vergüenza de que el español sea el último de los ciudadanos del globo, el más cargado de deberes con la patria y el menos protegido de ella.

**

Arias de Miranda es católico, como todo el gobierno, como todo el mundo oficial.

Y ¡cosa prodigiosa!, ese proyecto de ley es radicalmente herético, y no en un punto cualquiera, sino en un punto capitalísimo de la moral católica.

Ese proyecto pretende ponerse á la vista de las modernas teorías éticas definidoras de la capacidad criminal, y erige en principio la irresponsabilidad de los menores de quince años.

Este principio está en oposición directa con la moral fundamental católica. Al explicarse en las cárceles estas teorías penitenciarias á los menores, explicáralas las contrarias el capellán del asilo.

La *religión oficial* los obligará á confesar que el niño es capaz de *pecado mortal* desde el uso de razón y desde los siete años, capaz de tanta malicia, que puede, con solo un pensamiento, hacerse acreedor de condigno á un infierno eterno, en donde los verdugos oficiales de Dios podrán torturarle por todos los siglos de los siglos, con los más atroces tormentos.

La *justicia oficial* le dirá que esto es una falsedad, una bestialidad y una iniquidad; que el niño no puede merecer pena de ninguna clase por faltarle discernimiento del mal y dominio de las pasiones; y en conclusión, el niño sacará que el Dios aquel es un malvado verdugo de los hombres y un energúmeno maniático de la tortura; ó bien sacará la conclusión contraria, á saber, que el Estado y sus tribunales son impíos é inmorales, subvertidores de la religión y de la santidad.

Y pensando ora lo uno, ora lo otro, según el predominio del humor religioso ó de la sindéresis, el niño, á fuerza de dar vueltas á estas enseñanzas absurdas, acabará por volverse loco cayendo en el escepticismo moral, ó se volverá anarquista, mirando al Estado y á la Iglesia como dos brujos prostituidores de la mente infantil.

He aquí la futura obra en proyecto. Un engendro deforme que va á traer al Código la fisonomía del *Estado* y de la *Iglesia* ligados en contubernio de todas las lujurias.

¿Qué dice á esto la *Academia de ciencias políticas y morales*?

¿Qué va á decir este trasto inútil que en cien años no ha tenido valor de levantar su voz contra ninguno de los innumerables atentados cometidos por el Estado contra la Moral y contra la Política? ¿Qué va á decir la Academia de moralistas sacados de la política monárquica, desmoralizadora de cuanto toca y mira, y corruptora de todo concepto moral?...

¿Qué va á hacer, sino felicitar á los frailes por el nuevo negocio que se ve en perspectiva al través de las mallas de este proyecto engendrado por el absurdo?

¡Pobres niños españoles! He aquí lo que podéis esperar del Estado: «el estigma de hijos del pecado, condenados al infierno antes de nacer: el estigma de ilegítimos, marcado con el hierro pontificio; el hospicio, donde se os bautizará para haceros esclavos de la Iglesia; una escuela, donde os enseñarán que es misericordia en Dios el eterno castigo de los niños; una ley, donde aprenderéis que aquello es una iniquidad; otras leyes, que os obligarán á arrodillaros y descubriros ante este absurdo; la cárcel, si sois malos; el asilo, si sois buenos; el hospital, si estáis enfermos; el servicio militar, si sois pobres... y cuando seáis mayores, acabaréis de aprender lo que es bueno en la estaca de la policía, en los cerrojos del calabozo y en la sentencia del tribunal...»

Y si decís que esto es una escuela de anarquismo, de inmoralidad y de sinrazón, el médico forense os declarará locos, la Iglesia os excomulgara y el político os condenará como sediciosos.

Tal es el fuero de la anarquía legal vigente.

RICARDO MAYOL

Sevillanas

Para Eugenio Noel

Cuentan que cuando D. Alfonso XIII vino por vez primera á Sevilla, entre la turba anónima del pueblo que acompañó al cortejo real en el trayecto de la estación á el Alcázar, iba un sujeto dando tan extórricos y frecuentes vivas al monarca, que hubo de llamar la atención á uno de los personajes del séquito real; cuyo personaje, acercándose al de los vivas, le dijo:

—Basta, hombre, basta! Bien ha manifestado usted ya sus sentimientos monárquicos. Déjese de gritar en esa forma, que va usted á enfermar de la laringe.

A esta prudente advertencia, el sujeto en cuestión, encarándose con el personaje palatino, contestó:

—Pues ésto no es nada; ¡si me hubiera usted visto cuando vino Salmerón!

Las frases de este sujeto, tipo que abunda mucho entre nuestras clases populares, dan la norma del estado de opinión de la mayoría de los hombres que forman la masa de este pueblo, faltos de un criterio determinado y de un ideal humano de redención, pero entusiastas aficionados á la corridas de toros y celosos defensores de sus tradicionales y ostentosas funciones religiosas.

Así que, cuando le vi á usted en Sevilla en la tribuna del Ateneo y más tarde en el Círculo Republicano flagelar sin piedad la afición al flamenquismo y á las corridas de toros, ante un público compuesto en su mayor parte de taurómacos, sentí hacia usted una profunda admiración aumentada á medida que he ido conociendo los detalles de la cobarde agresión de que fué usted víctima por parte de los mismos que llenaron el local donde usted fustigó como se merece el asqueroso vicio del flamenquismo.

Muy bien Sr. Noel! Así se hace patria! Desterrar de las costumbres del pueblo la afición á las corridas de toros es obra de los intelectuales que como usted, saben

donde le aprieta el zapato; ya que los gobiernos monárquicos, por su particular egoísmo, no han de influir poco ni mucho en acabar con ese espectáculo bárbaro que nos denigra ante el mundo civilizado.

Y digo que la monarquía no ha de ir jamás contra las corridas de toros, por que ese espectáculo en si es uno de los mejores barómetros que emplea aquella para deducir el grado de barbarie que alcanza el pueblo. A mayor número de corridas de toros, mayor confianza por parte de la monarquía en seguir gobernando al pueblo á su antojo.

Puede asegurarse de una manera rotunda que más de las dos terceras partes de las gentes que llenan las plazas de toros son monárquicos; y el resto, puede estar muy bien compuesto de los que hemos dado en llamar neutros y tal cual republicano á estilo del de los vivas al rey y á Salmerón.

Y conste que de todo cuanto se relaciona con el espectáculo taurino, nada hay tan repugnante, á mi modo de ver, como el aficionado.

Todos los elementos que toman parte activa en la lidia tienen su disculpa; pero el aficionado que á las tres de la tarde de un día de Julio ó Agosto ¡en Sevilla! toma asiento en un tendido de sol, bébese allí un litro de vino barato, insulta á gritos á la familia de todo lidiador cuyas faenas no sean del agrado de aquel; y luego, por que un picador haya dado un buen puyazo, entusiasmado, lo coge en hombros y lo lleva á su casa, ese es mil veces más bruto que el toro y que todos los animales habidos y por haber.

Existe, pues, por parte de los hombres de buena voluntad, un deber en combatir por todos los medios la estúpida afición á las corridas de toros, sin olvidar por eso la guerra que ha de hacerse á la otra afición, á la de la Iglesia, amiga inseparable de la primera; teniendo en cuenta, que mientras haya plazas de toros y mientras haya iglesias, habrá monarquía. Aquéllas son el completamente de ésta.

Pensar que la monarquía vaya á socabarse sus propios cimientos atentando contra cualquiera de esos dos puntales formidables, como son los toros y la Iglesia, sobre los cuales descansa el régimen, es pensar en lo excusado.

Por tal motivo, la labor que haya de realizarse con el fin de alejar de ambos sitios, de la plaza de toros y de la Iglesia, al pueblo, es como dejo dicho obra de los intelectuales. La labor es tremenda propia de hombres de temple de usted ¡adelante!

E. GIMENEZ MONROY

Octubre 1912.

¿QUIEN ME COMPRA UN IDO?

Don Jaime, un coronel ruso, una cocinera y un hijo natural

Los carlistas están que no les llega la camisa al cuerpo (á los que la usan). Don Jaime, su ídolo, está complicado en una aventura propia de un *sorche*.

Hombre es D. Jaime que en cuestión de amores no repara, y lo mismo le da una princesa rusa que una del fogón.

El día 28, en Munich, ante el Tribunal civil se ha verificado la vista de una demanda de una antigua cocinera contra el príncipe D. Jaime de Borbón, sobre el reconocimiento de un hijo natural. El asunto

ha sido juzgado á puerta cerrada. El príncipe ha estado conforme en que había tenido relaciones íntimas con la demandante, pero afirma que ésta había otorgado al mismo tiempo sus favores á un criado y á un coronel ruso. Por lo demás, pone en caso muy dubitativo la paternidad y declara que el susodicho criado está dispuesto á asumir por entero la responsabilidad. El coronel ruso, escuchado como testigo, ha declarado que para nada tenía que intervenir en el asunto. La demandante ha sido rechazada en su petición.

Gracias á la influencia de los amigos de D. Jaime no le han colgado el *rorro*, pero tenemos entendido que la cocinera le va á poner á D. Jaime las peras á cuarto.

El País

Los mercaderes del templo

Haces falta, Jesús, torna á la vida,
y mira su gangrena lacerante;
tú, como un inmortal desinfectante,
lava esta inmunda suciedad perdida.

Aplica por los bordes de la herida
botonazos de fuego restilante,
y embalsame la luz de tu semblante
esta de llagas carne carcamina.

Ve tu doctrina de lo nobre ejemplo,
ser profanada enal tu antiguo templo
y hacer tus puras máximas pedazos.

¡Jesús, tu que «ideifias» cuanto quieres,
lanza otra vez los viles mercaderes
del interior del templo á latigazos!

SALVADOR RUEDA

Buen soneto, amigo Rueda, buen soneto, mas no para llevar tu firma al pie, sino la de otro poeta que fuese enemigo de Cristo.

¿Sabes tú lo que harían con él si por la Tierra [volviese y tratara de hacer lo que tú le pides, limpiar de mercaderes el interior del templo?

No quiero ni pensarlo, al ver el templo hoy convertido en nacimiento de los fraternales artefactos que se fabrican en Eibar, Toledo, Oviedo, etc., etc.

Lo mismo fuera entrar y decirles que lo abandonaran, se vería enfilado por ochenta ó cien maússers y quinientas pistolas browning, y contemplaría dos mil brazos armados con el *sable* que esgrimen los mercaderes contra las bolsas de los creyentes; y no te digo nada la que se armaba.

Deja, deja á Cristo en el cielo sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso, y cúdate tú de no tirarle muchas chinitas á los mercaderes, no sea que vayan á anticiparte la hora de ir á visitarle en el cielo.

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

FOR

R. H. de Ibarrota

UNA PRESENTA

EL NOTIN



1837.--Los prisioneros de la acción de Herrera, después de dieciséis días de no recibir ración, suplican á los carlistas que los asesinen.

Los Requetés y la hereditabilidad

«...defendemos el honor de nuestros padres...»

La infamia ilegal

Antiguos conmitones: He leído la bravata que de algunos requetés ha publicado *El Correo Español*, como si fuese juramento de todos vosotros, en la cual vertéis la frase cursi de *defender el honor de vuestros padres*, ultrajado por los ataques de los enemigos.

También yo fui Julián, digo, *requeté*. Tanto como el mejor de vosotros demostré en todos los terrenos celestiales y mundiales el celo por la *santa causa* y el arrojo en sostenerla, cuando todos los demás volvían las espaldas al enemigo. Y también yo tuve padres, y fueron tan carlistas como los vuestros y más que ninguno de los vuestros.

Y yo, que no suscribiré ninguno de los ultrajes, tampoco protestaré contra ellos, por no ultrajar á los míos con la censura, ni menos con la defensa.

Y estoy convencidísimo de que ellos están conmigo en perfecto acuerdo, sometiéndose heroicamente al fallo de la justicia social, siempre deficiente, reclamando el derecho á la pena y rechazando el indulto, diciendo bravamente: *pecamos: queremos el castigo*. Y el castigo es este, de soportar el *sambenito*, la *infamia*, la *execración* y la *maldición* que sobre los reos imponen el Estado y la sociedad, nacidos, formados y educados en esto por la Iglesia católica, que extendía el odio hasta la cuarta generación y hasta el cuarto grado de parentesco.

¿Acaso ellos, de haber triunfado, no habrían tratado con igual y mayor dureza, á los vencidos y á sus descendientes? ¿No habría yo recogido y disfrutado de los gajes del botín de la guerra, y no habría, en virtud de los principios jurídicos absolutistas, cien veces peor de lo que hacen con nosotros los hijos de los vencedores? Si hubiese triunfado el carlismo ¿qué diríamos de los liberales los descendientes de los cabecillas? ¿No tendríamos llenas de *sambenitos* las paredes de las iglesias, y los nacidos de los linajes liberales no verían perpetuado á través de los siglos, el odio y el anatema que los expulsaría de todo honor y de todo cargo público? ¿No se verían obligados á oír blasfemados sus apellidos y forzados á blasfemarlos?...

La pena del Zalión

También los enemigos tenían honor. Dígalo el príncipe de Caserta. Dígalo Llorens, que ha convivido con el ejército en Africa. Díganlo los Papas, padrinos de los infantes. Tenían honor, y tenían hijos, á quienes, *siguiendo vuestra tradición*, habríamos condenado á baldón eterno.

Y he aquí, antiguos camaradas, vuestra injusticia. No tenéis derecho á quejaros de ser tratados con dureza por los adversarios, los que tenéis jurado tratarles á ellos mucho peor. Y esto debieran

decíroslo en el púlpito vuestros capellanes, si no quieren mutilar el Evangelio donde leen este principio de justicia: «Con el rasero con que midieses á los otros, serás medido.»

Y más, mucho más deben soportar esta fatalidad de *los hijos del diablo*, los sedicentes *hijos de Dios*, que pretenden ser los modelos de la equidad, de la santidad y de la rectitud. El diablo tiene derecho, según vuestra doctrina, á ser injusto, cruel, intolerante, vengativo, implacable é inexorable: por esto es diablo y por esto soporta vuestras afrentas é insultos. Es todo aquello por naturaleza, que es su ley.

Pero no así Dios, que, so pena de suicidarse, no puede dejar de ser magnánimo, benévolo, infinitivamente tolerante y escrupulosamente justo.

Esta es la pena de Dios y la dureza de la vida de los santos, cargados de deberes: y aquella es la única ventaja del Diablo: no tener rey ni Roque, ni ley ni moral.

¿O es que pretendéis lo contrario, á saber, que sea Dios el rebelde á toda razón, moral, ley y honor, y sea el Diablo el único caballeroso, hidalgo, correcto y exquisito? Y si así fuese ¿no véis que tendríamos invertidos los términos, y Dios sería el Diablo y el Diablo sería Dios, aunque llevando de mote los nombres contrarios?

He aquí vuestra contradicción primera contra la primera palabra de vuestro estandarte. ¿Defendéis á Dios y honráis á Dios? Pues á Este se le honra haciéndole cuando menos tan bueno como el Diablo.

¿Dónde está el honor?

Mas, otra contradicción se halla en vuestra frase «defender el honor de vuestros padres...» ¿El honor!... ¿Sabéis en qué consiste el honor?

El honor está en la virtud, en la justicia y en el derecho. Así es en lo moral, cuando se trata del orden moral; en lo civil, cuando se trata del orden político; y en lo eclesiástico, cuando se trata del orden canónico. Y esto es también una *fatalidad* contra la cual es inútil luchar y discutir. La Iglesia, el Estado y la sociedad con sus teorías y prácticas han establecido estos principios. Ellos no reconocen el «honor» fuera de *su ley* y de *su moral*.

Por esto el Papa, y con él todo el clero, insultan é infaman á los condenados de sus tribunales, sin respetar el derecho de sus descendientes.

Por esto la Biblia enseña á execrar á los que faltaron á su ley y á su moral, y á toda su ralea, llamándoles *hijos del diablo* y llamando á los suyos «pueblo de Dios». Así fué y será siempre, mientras el cráneo humano no aumente de capacidad y de peso.

Pues bien, camaradas. En tiempo de «vuestros padres» y de los míos, había un Esto lo constituido con una ley vigente y una moral oficial, y «vuestros padres» se levantaron contra ellas, como Mateo Morral, Pallás, Salvador y Angiolillo se

levantaron contra las de su tiempo. Aquella ley y moral oficiales llamaban crímenes y delitos la conjura, la sedición, el pronunciamiento y la guerra civil... El Código castiga como delito la *apología del delito*, y la Iglesia castiga como crimen la apología, no ya del delito, sino la del delincuente, que es cosa cien veces más bárbara. «Nuestros padres» fueron, pues, oficialmente delincuentes y criminales.

Si hubiesen trastornado el Estado con su *rebelión criminal*, el nuevo Estado les llamaría *héroes oficiales*; fueron vencidos... y el azar los condena á esta situación. ¿Qué digo el azar?... Dios es quien los castiga, pues para ellos no existe el azar, y sólo hay un Dios omnipotente que *no quiso darles el triunfo* y quiso que fuesen derrotados. No os quejéis, pues, de los enemigos, que al ultrajaros cumplen fielmente su ley. La victoria habría sido vuestra glorificación; la derrota fué vuestra ignominia; y Dios, repartidor de todo bien y de todo mal, os ha adjudicado la peor parte. O no pudo evitarla, y en tal caso es impotente, ó pudo y no quiso evitarla, y á El se la debéis. El es quien os deshonor y abate: y siendo cosa de Dios y vuestra, vosotros y El sabréis como debéis componeros.

El «honor» y el «error»

¡Los «vuestros»!...

Cuando se lanzaron al campo no iban á buscar la derrota, ni la ignominia: sino lo contrario. Luego **ERRARON** y se equivocaron. Hallaron el deshonor en vez del honor, el vilipendio en vez de la gloria, la miseria en vez de la riqueza... **ERRARON**... Engañóles la Iglesia, que les aseguraba el divino auxilio; defraudéronles Santiago y San Jorge, que se negaron á volver á la tierra con sus escuadrones. **Erraron**...

Y he aquí vuestra segunda contradicción: *no defendéis el honor de vuestros padres*, sino que defendéis su **ERROR**: error que les costó á ellos el destierro, la hacienda, la paz y aun la vida; que costó á los contrarios y á la patria vidas innumerables y males sin cuento; **ERROR** funestísimo para todos; **ERROR** desastroso para todos; **ERROR** que ellos desharían si resucitaran; **ERROR** que confesarían si pudiesen hablar; **ERROR** cuyos estragos resarcirían si fuesen justos y potentes para ello, y que abominarían si no pudiesen resarcirlo de otro modo; **ERROR** que llorarían compungidos, y contra el cual lucharían con su bravura, y estrangularían los hijos que les obligan á ellos á **CONTINUAR** eternamente su error, encadenándoles á él y convirtiéndoles en eternos enemigos de la paz y del orden, fuentes de vida y de progreso, y causantes eternos de zozobra, fuente de todo mal y deshonor de la patria.

¿Así pensáis **HONRAR** vuestros padres, colocando su honor en su **ERROR**, y creéis honrarlos **ERRANDO** de nuevo, sólo porque e los **erraron**?

Poco ó nada deben conocer la Biblia vuestros directores; pues allí se halla es-

carneada como necedad supina esta *razón* de los hijos que buscan en la conducta de sus padres la norma de la suya, sin ver que, de haber seguido esta ley todos los antepasados, la especie humana continuaría en su primitivo salvajismo, y ¡ay!... también los salvajes tuvieron padres... fueron nuestros padres los monos de las selvas...

Y he aquí la extraña moral del atavismo: «la moral del mono» y el «honor del mono».

Cómo se honra á los padres

Camaradas: no se defiende el honor del padre que erró, errando con él, antes bien se continúa su deshonor. El único modo de honrarlo es aprender en sus yerros pasados los aciertos futuros para corregirlos y enmendarlos: *pagar sus deudas* y no continuar las usuras, fraudes ó miserias que las causaron: indemnizar á sus víctimas, y no continuar sus delitos... ¡Así los hijos honran á los padres, y así los padres, aun *errando*, enseñan á los hijos el camino de la verdad con el ejemplo de los estragos del error!

Sólo los brutos siguen esta ley, de imitar los hijos á los padres... Por haber ladrado el padre, ladra el hijo perro... Esta es la ley del *instinto*... Pero ¡ni esto! Ni aun los animales siguen esta ley: ellos *escarmentan*, aprenden y rectifican... ¿Solo los carlistas van á ser excepción en el universo?

Aquellos padres...

«¡Vuestros padres...!»

Es lo que falta que ver, requetés del año 1912: falta ver si vuestros padres fueron carlistas... y si lo fueron, falta ver de qué casta de carlistas. Habría que examinar vuestras genealogías, pues podría ocurrir que los que os decís *hijos* de tales fueseis hijos de cuáles. Muchos hijos de carlistas conozco yo fuera del campo carlista, y viceversa. Falta ver si todos los que os llamáis sus hijos, lo sois de aquellos padres. Yo me permito dudar, y luego veremos la razón de tal duda.

Pero, aun siéndolo, ¿qué padres fueron aquellos? Leed, si queréis, esta historia de carlistas, y aprended.

En la guerra del año 1848 hubo en Cataluña un batallón que se titulaba «Batallón del ejército Real de Olot.»

Tenía un coronel y un comandante, y ambos tenían dos hijos alféreces. El 27 de Abril de 1849, este batallón con otros sufrió una gran derrota, que fué la decisiva de la guerra. Los del batallón que se salvaron, discutieron si debían huir á Francia como los otros, ó continuar la guerra.

El coronel y su hijo propusieron huir, y huyeron. El comandante tomó el mando de las fuerzas que quisieron seguir luchando.

Cuatro días después, este puñado de carlistas fué sorprendido en los cerros de los Pirineos por las tropas del coronel Echagüe y del Tercio de Arbucias. Algunos huyeron á la desbandada y se salva-

ron, presenciando desde lo alto de los cerros la escena de los otros.

El comandante, con ocho oficiales y un corneta, fueron apresados y fusilados sobre la marcha. Están enterrados en Vi-drá.

El coronel se llamaba Ponsa, y su hijo... llevó el apellido del padre, transmitido á sus nietos, cuyo paradero ignoro.

El comandante era mi abuelo, y su hijo alférez fué mi padre. Los nietos andamos por el mundo desconocidos unos de otros. ¿Están en mi campo, ó en el campo de los requetés? No quiero saberlo.

Pero, si algún requeté de ahora me dijese ser nieto del coronel Ponsa, le diría.

—¡Desdichado!... ¿pretendes continuar la historia de tu padre y abuelo? Pues, si lo ignoras, apréndelo. Tu abuelo fué el que *VENDIÓ* al coronel Echagüe su propio batallón. Tu padre fué el Cain que guió al Tercio de Arbucias en la caza y sorpresa de sus hermanos. Tu padre fué quien iba designando al jefe del Tercio, Andrés Morera, los nombres de los que habían de ser fusilados... ¿Este es el HONOR que quieres continuar?

...Y estos hijos.

¿Cuántos requetés de ahora, si viniese el caso, harían con sus hermanos lo que hicieron los Ponsa!...

Este relato no lleva la garantía de Nakens, el anticarlista de abolengo: lleva la garantía del alférez que presenció el fusilamiento de su padre, y lleva la del nieto que siente en su frente y en su corazón el peso de estos ERRORES...

Decídmelo, requetés: ¿qué queréis que diga yo del HONOR del jefe que traicionó y comerció con la vida y sangre de sus soldados?...

¿Quién es aquí el honrado: el *enemigo* que fusila al *enemigo* en reciprocidad, ó el jefe que hace de la traición mérito para ser reconocido en su grado?

...Hablad vosotros por mí: y cuando hayáis terminado vuestro juicio, opondré este comentario:

—Requetés de 1912: he visto en los jefes carlistas de TODOS GRADOS muchos ejemplos de Caines que comerciaron con la sangre de los que les siguieron: NO HE VISTO ninguno que haya compartido con el de abajo el botín que sacó por haber estado arriba, que ¡ay! algunos carlistas con la guerra se arruinaron y otros se enriquecieron.

Y ahora, aprended.

Y sabed que vuestras cabezas serán puestas á precio por vuestros jefes y por vuestro propio rey, si creen llegada la ocasión de redondear el negocio. Que no hubo jamás rey que no vendiera su trono cuando se lo pagaron bien, ni general aventurero que no se pasase al enemigo si creyó mejorar de suerte.

Y de igual modo que los reyes tratan á sus vasallos, trataron á los reyes los Papas en sus ligas y traiciones.

¡Tal es el HONOR de nuestros padres: traicionados ó traidores!

El «honor» tradicional

¡La traición!...

He aquí, requetés de 1912, lo que vosotros no queréis ver...

La traición impera en las alturas del *tradicionalismo*, que parece haber sacado su nombre de esta anfibia (1). El «traicionerismo» es una de las tradiciones políticas de las dinastías y linajes de los reyes y príncipes, que se pasaban la vida traicionándose unos á otros, hermanos á hermanos, padres á hijos, hijos á padres, reyes á generales, generales á reyes, y todos, con los papas á la cabeza, traicionaban sus propios juramentos y vendían tronos y pueblos á precio de ganado vil, tasando la vida de los soldados á tasa menor que la de uno de sus caballos, y sacrificando sus más bravos generales á los caprichos de sus favoritos.

A esta serie continua de parricidios, fraticidios, perfidias, villanías y brutalidades, se llama «tradicición», «legitimidad» y «causa santa». Ellos son los fundamentos jurídicos del derecho de las dinastías y esta es la moral política: el «traicionerismo».

Y porque el testimonio de los vivos vale más que el de los muertos, yo os recordaré la «traición de Nocedal», que durante largos años habéis estado pregonando.

Yo no acerté á creer que Nocedal fuese traidor á D. Carlos, antes bien me senti convencido por él de que D. Carlos era traidor á Dios y á su bandera. Por esto seguí á Nocedal en la que vosotros llamáis su traición.

Mas ¡precio de mil, no quise creerlos á vosotros, y hube de creerle á él. Cuando el jesuitismo le exigió que me vendiera y entregase al enemigo... ¡me traicionó, siendo mi jefe!... como el coronel Ponsa vendió á mi abuelo, siendo jefe suyo... Y si no salió fusilado, no fué por falta de voluntad de Nocedal, sino por no haber habido ocasión de hacerlo con el arte debido.

¿Y creéis vosotros ser mejor tratados del jesuitismo y de vuestros jefes?

La traición del partido

Este traicionerismo no es hecho de individuos aislados, sino del PARTIDO.

Repasad la historia del carlismo, y hallaréis una lista sucesiva de claudicaciones, apostasías y traiciones al programa que jura defender. Jurando patriotismo en defensa de las regalias de la corona, se ha aliado constantemente con los enemigos de estas regalias. Jurando lealtad al Papa y al episcopado, ha estado cien veces en rebeldía contra ellos y por ellos fué condenado y difamado...

Y en cuanto á la Patria...

Repasad los manifiestos de D. Carlos, y hallaréis mil juramentos de lanzarse al campo y arriesgar la vida antes que consentir se perdiese un palmo del territorio nacional. Y se perdió el imperio de las colonias, y numerosos millones de nacio-

(1) La palabra *tradición* en latín significa las dos cosas: *tradición* y *traición*.

nales dejaron de serlo, y vino catástrofe amontonándose sobre catástrofe, invasión sobre invasión, desastre sobre desastre...

Y hubo momentos en que toda España, sin excepción, se preguntaba: «¿dónde está D. Carlos? ¿Qué hace el carlismo?...

Y los de abajo, que habíamos tenido fe en la seriedad de aquellos manifiestos y juramentos, nos decíamos avergonzados, indignados y afrentados: «¿qué hacen don Carlos, Cerralbo, Llauder, Mella, Barrio y Mier y todos los del Estado Mayor? Los de abajo llevamos treinta años de postergación con todas sus consecuencias... ¿qué hacen los de arriba?

Y el telégrafo nos iba respondiendo:

—«Escándalo en el Loredan... D. Carlos y el Pintor...»

—«D. Jaime cayendo de un globo en París...»

—«Gran soirée en el palacio de Cerralbo...»

—«Éxito parlamentario de Mella...»

—«Llauder en el *Via crucis*...»

Y mientras España se hundía, y mientras los carlistas miseros abrían los ojos á esta farsa, y lamentaban el error de haber gastado la vida en defensa de una insensatez, los próceres carlistas estaban á partir un piñón con los enemigos, luciendo los galones de jefes... para vender el partido.

Y huyeron del carlismo los carlistas más sinceros y conscientes, desperdigándose por los otros partidos, continuando los explotadores de las jefaturas y sus mercenarios, jurando nuevos manifiestos, celebrando nuevos saraos, recojiendo palmas parlamentarias, rezando via-crucis y ayudando al hundimiento de la patria, á la desmoralización nacional y la consumación de esta apostasía universal del patriotismo, de la moral, de la seriedad, de la vergüenza...

¡Tradicionismo y traicionismo!

Todo vendido: bandera, corona, trisón, programas, juramentos, partido y... sentido común.

¿Dónde está ya el honor? ¿En la deshonra de España? ¿En el cañón de una pistola? ¿En la ineducabilidad? ¿En el matonismo?... ¿Es esta la única herencia recibida?

S. PEY ORDEIX

DE JUSTICIA

El Círculo de la Unión Mercantil ha dirigido una exposición á las Cortes sobre la cuestión ferroviaria, pidiendo, entre otras cosas, que las sumas á disposición cobradas por exceso de portes, y que no pertenecen á las Compañías, se les tenga por bienes mostrencos, y por lo tanto que ingresen en el Tesoro público.

Conformes con que se las tenga por tales, pero no con que se les dé ese destino. Por lo siguiente:

Cuando un empleado se equivoca y cobra menos de lo que marca la tarifa, las Compañías le descuentan íntegra la

cantidad que debió ingresar en Caja. Nada más justo, por lo tanto, que cuando cobre de más, por equivocación también, y pasado el término que se fije para que los interesados reclamen, se in para los empleados las cantidades á disposición.

¿No tienen una Caja de Ahorros ó un Monte Pío particular? Pues que vayan á él las cantidades que retienen las Compañías por lo cobrado de más desde su fundación hasta el plazo que se fije como máximo para las devoluciones.

Esto es lo justo y lo equitativo.

Ultima hora

¡Hola, hola! ¿Conque pistolitas también? ¡Vaya con los conservadores y como sienten la nostalgia de la sangre! Ya que no pueden derramarla ahora parapetándose tras una ley, se lanzan por el camino de los Requetés. ¡Ojo, larvas del crimen, que os van á cobrar la fama!

Pues como iba diciendo, llegaron á Murcia, Lerroux, Salillas y Albornoza á celebrar un mitin. Los ciervistas se habían propuesto impedir que hablasen, y cuando Lerroux iba á tomar la palabra comenzaron á gritar, patear y bastonear, y á dar vivas y muertas: vivas al rey, al ejército y á la marina, y muertas á los republicanos.

Y desde aquel instante se desataron en palabras gordas y en insultos, y un matón, que diz es pariente de Cierva, disparó dos tiros, hiriendo de gravedad á un concurrente, y nadie pudo entenderse ya. En vista de esto el delegado de la autoridad suspendió el mitin.

Albornoza, indignado, se adelantó al prosencio, y exclamó con voz airada:

«¡Son los asesinos de Ferrer los que nos han impedido hablar al Pueblo!», frase que fué calurosamente aplaudida.

Como me entero de esto al acabar el cierre del número, nada más puedo decir por hoy, y me reservo para la semana próxima.

El soldado y el fraile

Peligra la integridad de la patria, y el soldado surca los mares para luchar por ella. Sabe que puede morir, y no vacila. ¿Qué hijo duda nunca en sacrificarse por su madre?

El pel gro de la travesía, la amenaza del vómito, las traiciones del clima, el filo del machete, las crueldades del plomo, ¿qué le importa nada de esto ante la idea de cumplir con su deber?

Los días sin descanso, las noches sin sueño, los pies que sac gran el sudor que estenua, la muerte que acecha, ¿qué son ni qué valen comparados con la alegría que produce la idea de sacrificarse por la patria?

Recuerdos de la aldea, caricias maternas, esperanzas de amor, todo esto aparece en su espíritu, confundido con ayes

de agonía, imprecaciones de cólera, voces de mando, escenas de desolación; pero todo lo olvida al grito de: ¡viva España!

Peligra la integridad de la patria, y el fraile se ampara de una ley inicua para no pelear por ella.

Y mientras allí en Cuba la juventud española cae, él aquí se dedica á reunir riquezas por todos los medios, no vacilando ni ante la miseria de la madre del infeliz soldado que le ofrece la última peseta que le queda para que pida a Dios por la vida de su hijo.

Días descansados, noches tranquilas, necesidades satisfechas, el fanatismo como medio y el acaparamiento como fin... ¿qué le importa la patria?

Sin entusiasmos ni afectos, sin deberes ni cuidados, pidiendo á todos y no dando á nadie, el fraile sólo se preocupa de preparar la guerra civil para que acabe con los jóvenes que de la colonial se salven y arruina á España del todo. Cuanto más desangrada y más pobre quede hoy, mejor la dominará mañana.

1898

Bibliografía

DOS LIBROS DE PABLO MANTEGAZZA

Acaba de publicar la Casa Editorial Maucci de Barcelona dos importantes obras del ilustre antropólogo, médico y escritor italiano Pablo Mantegazza, que llevan por título *Higiene del Amor* y *Los Amores de los Hombres*.

Las producciones de este sabio catedrático, de fama universal, tienen como distintivo la claridad y el arte exquisito con que aborda los más difíciles é interesantes temas relacionados con el amor, desde el punto de vista biológico y social.

El rumor que se levantó en torno de estos dos libros cuando por primera vez vieron la luz en Italia, se desvaneció pronto, y al ser traducidos á otros idiomas, alcanzaron un gran éxito.

Los amores de los hombres y la *Higiene del Amor* (dos tomos cada obra), se venden en todas las librerías á peseta el tomo.

Aviso de administración

Se ruega á los señores suscriptores y corresponsales, que no paguen ni en pólizas ni en sellos móviles, sino en sellos de correo de peseta, cincuenta, veinticinco y quince céntimos, cuando no les sea posible en libranzas del Giro Mutuo, de la Prensa, ó en Giro Postal.



El proceso del Toisón

(CONTINUACION)

quién se la había, y no dijo nada por donde pudiera deducirse el sistema de defensa propia y acusación contra D. Carlos que pensaba emplear.

Durante el curso del proceso murió Guastala, el mejor abogado de Boet, y no lo sustituyó; mas habiendo llegado á mediados de 1878 las rogatorias que se esperaban de Francia, nombró al abogado Ronchetti, joven de gran reputación y diputado.

Los magistrados no querían cerrar aún el sumario, pero interpelados por el ministro de Justicia, no pudieron excusarse, si bien declarando en un auto de arresto motivado, haber suficientes méritos para enviar á Boet ante el Jurado como autor de un delito triplemente calificado. Los absolutistas, como se ve, no se dormían.

Por consecuencia de este auto, ordenóse la prisión de Boet y que se pasasen los autos al tribunal de Apelación: Boet fué conducido á la cárcel.

Influencias poderosísimas de la reacción clerical, corrupciones de testigos, amenazas, examen clandestino de los autos del sumario, parcialidad manifiesta del juez en favor de D. Carlos, todo esto se puso en juego para que Boet saliera condenado.

Y en esta atmósfera de intrigas, en este caos de pasiones políticas y religiosas, con magistrados que tenían verdadero empeño en salvar á los legitimistas europeos del estigma infamante que iba á caer sobre ellos, comenzaron los debates del famoso proceso.

Vista de la causa

Boet se presentó el 22 de Junio de 1879 ante el Jurado, después de once meses de incomunicación en la cárcel, sin recursos, abandonado, habiendo sufrido grandes torturas morales y físicas, y teniendo enfrente al partido absolutista de toda Europa, que había conseguido que recayese el cargo de presidente del Jurado en el aristócrata y devoto magistrado señor Paribelli; á D. Carlos en libertad con grandes medios de defensa y coreado y apoyado por los que le seguían, y sabiendo todo lo que aparecía en el proceso, porque alguien se encargó de ponerlo al día en conocimiento de algunos de sus parciales enviados á Milán con tal objeto. Unase á esto que el Jurado elegido resultó muy tibio, por tener derecho á recusar á sus miembros las dos partes y el presi-

dente, y dígasenos si jamás se presentó reo en peores condiciones ante el tribunal que había de juzgarle.

Leída el acta de la acusación del segundo fiscal, Sr. Sighele, absolutista también, el presidente, el primer fiscal y los abogados de D. Carlos no podían disimular su regocijo. Estaba redactado con tan infernal artificio, que los Jurados y el público se inclinaron por un instante á creer que Boet era efectivamente el ladrón. Por lo tanto, esperábanse con curiosidad las declaraciones definitivas y éstas no pudieron ser más claras y terminantes.

—D. Carlos—dijo Boet al tribunal—ha sido siempre un hombre muy vicioso y por esto tenía contraídas gran número de deudas que le agobiaban mucho algunos meses antes del robo del Toisón. Estas deudas ascendían á unos 260.000 francos, parte contraídas antes de morir el duque de Módena, y otra parte más inferior después.

Han de saber los señores Jurados, que antes de recibir la herencia, D. Carlos no poseía un cuarto, era pobre, y como llevaba mala vida, había de vivir de préstamos. Entonces se llenó de deudas, las cuales después no ha querido pagar, ó tan sólo ha satisfecho en parte mínima, porque habría mermado mucho su capital.

Un día, hallándonos en Viena, huí de volver por centésima vez á la cuestión de las deudas, pues los acreedores me apremiaban de mil modos, y me tapó la boca diciéndome que estaba á punto de arreglarse lo del Toisón y que esperara. Verdaderamente negociaba en aquel entonces con la familia de Austria para obtener la alhaja; pero el archiduque no se la quería dar, creyéndola de un valor excesivo.

Entonces D. Carlos pidió otro Toisón de oro de inferior calidad, pero de mucho valor, y aunque también se lo rehusaban, había más esperanzas de lograrlo apretando mucho al tutor y padre del heredero. Sobre esto hubo varios dimes y diretes, y por fin el archiduque, para acabar de una vez, concedió dicho Toisón, que es el que figura en este proceso.

Yo me hallaba hablando con don Carlos cuando fueron á darle la noticia, y apenas estuvo sólo conmigo, se puso á bailar de alegría, á cantar, á palmotear exclamando:—*Ya tengo el as! viva el as de oros del duque de Módena!*

Presidente.—¿Qué es el as de oros?

Boet.—Una carta de la baraja cuyo nombre D. Carlos designaba siempre al Toisón. Para inteligencia de los señores Jurados, diré que en España la gente del pueblo de algunas provincias llama el as de oros á ciertas partes de la mujer que el pudor me impide designar. Así es que

á una buena moza suelen llamarla *un hermiso as de oros*.

El Pretendiente daba este nombre al Toisón, por creer que el duque de Borgoña, que instituyó este orden caballeresco, lo hizo en obsequio... No sé en verdad cómo decir esto sin faltar á la consideración que debo á las señoras que están aquí. En fin, aseguraba D. Carlos que el Toisón fué instituido en homenaje al as de oros de una querida del duque de Borgoña, y para hacer la irrisión más virulenta, llamaba al Toisón el as de oros de su tío el duque de Módena.

(Estas palabras causaron grande escándalo; las señoras se hicieron las desentendidas, mientras en la tribuna de periodistas y en la del público se reía sordamente).

Boet.—Ignoro si verdaderamente la orden del Toisón tiene el origen que D. Carlos le señalaba pero éste lo defendía alegando que la insignia tenía la misma forma de lo que pretendía designar.

La noche del día que el Pretendiente recibió el Toisón, le vi salir de frac y corbata blanca, y habiéndole preguntado á dónde iba, me contestó que á casa de una tal señora Hannover, la primera alcahueta de Viena.

Al día siguiente el ayuda de cámara Lorenzo entró muy preocupado en mi cuarto, y me dijo que el señor se comprometía en extremo; que frecuentaba una casa de mala reputación de una tal Hannover; que allí había conocido á una joven húngara, de la cual estaba enamorado; que el día antes había estado de paseo y á cenar con ellas y con otras jóvenes de vida airada, y que quería llevar á la húngara á París y establecerla allí como su amante.

Yo no quería creer los desatinos que Lorenzo me acababa de contar, pero le vi muy afligido y conocí que en lo que decía había algo de verdad. Pero habiéndole luego preguntado al mismo D. Carlos, éste me sacó del error, manifestándome que se había enamorado de la húngara, que la había hecho baronesa de Samoggy, le había señalado una renta de 24.000 francos anuales, y pensaba llevársela consigo á París é instalarla allí, en la misma ciudad en que vivían su esposa é hijos.

Yo le pregunté á D. Carlos cómo se las compondría para cubrir todos esos gastos sin tocar su capital, y me contestó que perdiese cuidado, porque todo se pagaría con el as de oros del tío. Le hice varias observaciones sobre esto, demostrándole la imposibilidad, y á todas me contestaba que el as de oros lo cubriría todo. Es de advertir que á mí la cosa me interesaba de un modo muy particular, porque D. Carlos me debía de honorarios más de 18.000 francos;

y como no tengo fortuna, mi familia, no recibiendo de mí lo necesario para vivir, había contraído muchas deudas que la agobiaban.

Una mañana observé que el ayuda de cámara del Pretendiente, el ya citado Lorenzo, llevaba puesta una sortija de diamantes, y sorprendido de una cosa tan rara en él, le pregunté por la procedencia. «Es de ella, me contestó con misterio.» «¿De quién?» «De la amante del señor, de la nueva baronesa de Samoggy.» «¿Cómo! ¿Decididamente se queda de amante oficial?» «Sí mi general, y vamos á partir de Viena con ella para volver á París. Ella misma me regaló ayer esta sortija.»

Asustado de esta locura, volví á hacer observaciones á D. Carlos, pintándole la gravedad de dar este nuevo escándalo y de contraer tal y tan costosa obligación, y me contestó que ni el escándalo ni la obligación le daban cuidado, porque del escándalo se reía y la obligación la cumpliría. «¿Cómo, si V. M. no tiene bastantes rentas?, exclamé.» «¿Y el as de oros del tío?, repuso él.» «Pero ¿qué hará V. M. con el Toisón, si no puede venderlo sin dar un gran disgusto á su familia é indignar al conde de Chambord?» «¡Oh!, me contestó; tengo un proyecto, y ya verás cómo salvo la dificultad y hago dinero del as sin escandalizar á nadie. Entonces te pagaré lo que te debo y hasta te daré dinero para los trabajos políticos. Como no le comprendía, lo dejé estar.

Antes de marcharnos de Viena, algunos parientes aconsejaron á don Carlos que enviase el Toisón á su esposa en lugar de llevarlo consigo, y para allanarlo añadían que podía hacerlo fácilmente por medio de la casa Rotschild de la misma ciudad. Pero como él no quería desprenderse de la joya para poder fingir el robo, se negó á hacerlo.

Aquellos parientes le dirigieron estas instancias por temor de que, atendido su carácter, hiciese algún disparate con la joya; sabían que era un hombre sin dignidad, y que más de una vez no había reparado en cometer bajezas vergonzosísimas. Por ejemplo: antes de la guerra poseía un reloj de oro de su abuelo Carlos V, que había heredado su familia como un recuerdo histórico, y que se guardaba y conservaba con gran cuidado: los carlistas tenían este reloj en suma veneración. Un día don Carlos necesitaba dinero para una de sus calaveradas, y sin vacilar vendió el reloj por una miseria, lo cual indignó tanto á su familia, que hay muchos que creen que el duque de Módena no le dejó su fortuna por esta causa.

Después de la guerra hizo un viaje á América, donde dió también

tristes muestras de su cultura y moralidad, dando que decir á toda la prensa norteamericana, que trajo noticias muy turbias de algunas de sus aventuras. Entre otras cosas se supo que, habiendo un día pasado la noche con una mujer de vida libertina, no sabiendo cómo pagarle por andar escaso de fondos, se quitó del dedo el anillo nupcial donde estaba escrito su nombre, el de su esposa y la fecha del matrimonio, y lo entregó á aquella meretriz.

Esto, señores jurados, no lo digo yo por primera vez, ni ha sucedido después del robo fingido, sino que lo dijeron los diarios norteamericanos y los de Madrid algunos años antes que ocurriera lo del Toisón. A su debido tiempo mis abogados os presentarán la prueba.

De Viena fuimos á Gratz, y venía con nosotros la nueva baronesa de Samoggy. En Gratz D. Carlos se hizo retratar con el Toisón puesto, y aunque lo sospechaban en casa de su hermano, no escondía sus relaciones con la baronesa, á la cual visitaba sin ningún rebozo.

De Gratz nos marchamos á Venecia, hospedándonos en el hotel Dainioli todos juntos, incluso la baronesa, que vivía y dormía en los mismos aposentos de D. Carlos. Me había olvidado consignar que esta baronesa era una pobre cantante de Pesth, una especie de corista que desapareció ó huyó del teatro á fin de reunirse con D. Carlos y seguirlo á París para hacer más carrera.

El Pretendiente vivió tan públicamente con ella en Venecia, que la llevaba á paseo por los canales y por la plaza de San Marcos, entrando ambos de bracero en los cafés más concurridos y principales y sentándose á tomar licores, á pesar de que D. Carlos era muy conocido de las principales familias, por haber vivido de pequeño en dicha ciudad. Así fué que pronto se le reconoció, y los periódicos hablaron de sus paseos con aquella joven.

Otra cosa análoga nos había pasado ya en Viena, donde no faltaron diarios que se ocuparon de la visita del mismo á cierto café que no pueden frecuentar los hombres de honor. Yo le reprendí mucho sobre el escándalo que daba en Venecia, y le rogué que se reprimiese, porque podía llegar á noticia de su madre y de su esposa y darles un gran disgusto. Pero me contestó que su madre ya no se cuidaba del mundo, y que de su esposa no se preocupaba nada, por tenerla acostumbra da á estas cosas. (*Gran sensación en el tribunal y en el público*).

Estando en Venecia, un día volví á hablar á D. Carlos de la cuestión del dinero, y sobre todo de las necesidades de mi familia.—Me contestó que todos nos acercábamos al

término de nuestras penas pecuniarías, y que dentro de poco nos hallaríamos en estado de haber mucho dinero. Entonces me indicó su pensamiento de fingir el robo, lo que le quise quitar de la cabeza.

He aquí las indicaciones que me hizo. Se serviría de Lorenzo y de la baronesa, y lo haría en Milán; Lorenzo fingiría no haber abierto la cartera desde Gratz; la baronesa marcharía antes que nosotros á Milán, se hospedaría en el mismo hotel que nosotros y aparentaría no conocernos; entonces guardaría la joya en su poder, y Lorenzo fingiría descubrir que nos habían robado el Toisón, sin precisar dónde, por no haber abierto la cartera desde Gratz.

Don Carlos tenía gran confianza en su plan, á causa de los instrumentos de que pensaba servirse y de la idea que se formaba de los italianos. Diré algo sobre estas cosas, empezando por Lorenzo, que era su instrumento principal. Como sargento que fué de la partida del cura Santa Cruz, podría hacer de él un retrato monstruoso; pero faltaría á la verdad, porque Lorenzo es un pobre diablo, una víctima, un mártir de D. Carlos, que lo trata de animal á todas horas y lo pone en ridículo haciéndole creer las cosas más bufas, como, por ejemplo, que la Rumania está en América y Constantinopla es el puerto de Veracruz.

El Pretendiente contaba también con la baronesa porque habiéndola hecho pasar de un estado humilde á una posición brillante, creía que por agradecimiento y por temor á perder su estado y fortuna, se doblegaría fácilmente.

Fué en vano que yo significara á D. Carlos el desatino que quería cometer y la gravedad que tendría si se descubriera, porque me cerró la boca diciendo que le era indispensable vender el Toisón, y que sin el robo fingido no le sería posible hacerlo.

Antes de salir de Venecia, llamó un día á Lorenzo Arbulo, su ayuda de cámara, y le dijo: «Animal, ven acá. ¿Qué haces?» «Andaba por ahí, señor.» «¿Y el Toisón?» «Está bien guardado, señor.» «¿Dónde lo tienes?» «Señor, en la cartera de viaje, y cerrado en un mueble de mi cuarto.» «Mal hecho, repuse yo, porque no me parece sitio conveniente, habiendo en las fondas llaves dobles de todos los muebles.» «Calla, hombre, dijo D. Carlos; ya te explicaré por qué está allí. Anda, vete, animal; vete, añadió á Lorenzo.» En seguida añadió que se había depositado allí á fin de poder engañar mejor á la justicia cuando se declarase el robo.

El día antes de partir de Venecia, D. Carlos dió orden á la baronesa de adelantarse y tomar habitación

en el *Hotel de la Ville* de Milán, sin declarar que formase parte de la comitiva ni darse por conocida nuestra cuando llegásemos. La baronesa obedeció, y se alojó en un cuarto del piso segundo del hotel ya citado. Nosotros llegamos el día siguiente, y D. Carlos tomó habitaciones en el principal.

Cuando lo tuvo todo preparado, una mañana se presentó en mi propio cuarto y me dijo: «Boet; ya está todo dispuesto, y hoy se da el golpe.» «¿Qué golpe?» «El de el Toisón, me contestó: ¿te has olvidado ya de lo que hemos hablado estos días?» «No, señor, repuse; pero imaginaba que S. M. se convencería de que no podía llevarse adelante.» «Es que tú no lo entiendes: se puede hoy y lo haré. He convidado á Galvani á almorzar, y como es medio tonto, se tragará toda la comedia.»

He aquí lo que D. Carlos se había propuesto. Había persuadido á la corista que se encargara del Toisón; había dado instrucciones á Lorenzo y convidado á Galvani, sólo porque éste había sido empleado de su familia, y esperaba que D.^a Margarita y el conde de Chambord, que lo conocían, creerían cuanto les refiriese sobre el robo. La corista se había resistido mucho á encargarse de la joya, y sólo aceptó cuando D. Carlos la amenazó con abandonarla en seguida. En cuanto al pobre Lorenzo, como es un ciego instrumento del príncipe, no hizo observaciones, y aunque con repugnancia, prometió cumplir.

Terminado el almuerzo, D. Carlos le había de mandar que trajese el Toisón para enseñarlo á Galvani, y Lorenzo había de presentarse con el estuche vacío, diciendo que se lo habían robado, pues no parecía.

Yo había suplicado á D. Carlos que renunciara á una cosa tan insensata; le había indicado todos los inconvenientes que podía tener, y nada alcancé. «¿Pero no ve V. M., le dije, que al fingir este robo comete un crimen previsto y castigado severamente por el Código penal?» «Los Códigos penales no rezan conmigo, me contestó. Tú eres bueno para reprobar mis deudas y no me das consejos para pagarlas; y cuando ves que he descubierto un medio sencillo y seguro de hacer cuartos, te opones. También el cojo de Frohsdorf (así llama, señores Jurados, D. Carlos á su tío el conde de Chambord), también el cojo se quejaba de mis prodigalidades, cuando hubiera sido mejor que me ayudara á sostenerlas, porque las prodigalidades me dan lustre. Yo haré dinero con el Toisón y de este modo no tendré que tocar mi capital.»

Entonces le declaré que no conta-

ra conmigo para semejante cosa, y que tuviese bien presente que si la justicia me llamaba á declarar, yo rehusaría ir. El se encolerizó mucho y salió furioso de mi aposento; pero lo tuvo presente, y por esto, cuando denunció el robo, evitó que el juez ó la policía me llamasen, á fin de evitar e un disgusto. He aquí la causa, señores Jurados, de que yo no hubiese sido llamado á declarar, á pesar de ser la persona más indicada después del príncipe.

Llegada la hora, empezó el almuerzo, asistiendo el conde de Galvani: todos estábamos encogidos y preocupados, y había una frialdad y un silencio embarazoso. Yo estaba de mal humor y D. Carlos meditabundo; Galvani callaba por cortesía. Apenas se habló durante la comida, y lo que se dijo fué sin interés y por cumplir.

Terminado el almuerzo D. Carlos me miró, y viendo que no me movía, me dijo sonriendo: «¿Te vas? Yo pasaré la tarde con Galvani, enseñándole algunas cosas curiosas.» Comprendiendo que había llegado el momento de la comedia, me levanté y retiré. Por la noche averigüé lo que había pasado. Al salir yo del comedor, D. Carlos mandó á Lorenzo que le trajese unos uniformes suyos para enseñárselos á Galvani; obedeció, y el Pretendiente entretuvo con esto á su convidado. Después le preguntó si quería ver el Toisón que había heredado del duque de Módena, y como accediera, lo mandó traer.

Lorenzo, según ya estaba convenido, tardó mucho en volver, y al fin se presentó con el estuche en la mano. «¡Animal!—exclamó D. Carlos; ¿así me sirves? Temía no volver á verte. Dame acá ese estuche.» «Señor, exclamó Lorenzo todo turbado; el Toisón no parece... el estuche está vacío... nos han robado.» D. Carlos empezó á quejarse, diciendo: «¿Qué desgracia! ¿Qué pérdida! ¿Una alhaja que yo estimaba tanto!

Al día siguiente, hablándome él mismo de esto, se vanagloriaba de haber hecho la comedia muy bien, y como me repetía sus gestos y expresiones y todo era exagerado y caricaturesco, le repliqué que esto probaba que lo había hecho muy mal. «Fortuna, dije, que lo ha representado V. M. ante un hombre como Galvani, pues otro testigo hubiera enseguida adivinado el enredo, y con esto podía quedar V. M. expuesto á la causa criminal más ruidosa que se hubiese visto en el siglo.» «¡Oh! exclamó él, jamás se atreverán los italianos á procesarme.»

Si lo que estoy contando, señores Jurados, os parece inverosímil, no depende de mí, sino del tipo de don Carlos, que es muy estrafulario.

A lo que parece, Galvani quería

que D. Carlos informase enseguida al dueño del hotel del robo que se acababa de descubrir; pero asustado el príncipe de las consecuencias que esto podía tener, se opuso, y después, comentándolo, me decía: «¿Qué bestia ese Galvani! ¿Pues yo quería que avisase á los del hotel como si éstos no fuesen bastante listos para registrar enseguida las habitaciones y coger el Toisón en poder de la baronesa?» He aquí por qué no se hizo lo que en todos los casos semejantes, y por qué D. Carlos, en lugar de dar parte al hotel, prefirió darlo directamente á la policía.

Contándome Lorenzo las declaraciones que en esta ocasión hizo el Pretendiente, me decía que las había dado tan mal, que hablaba con los ojos bajos, como si temiera que en la cara se le conociese que estaba diciendo una mentira. Confieso, señores Jurados, una cosa que á primera vista os maravillará: tuve remordimientos de haber abandonado al príncipe en aquel lance. Me preguntáreis por qué: voy á explicarlo. D. Carlos es un tonto malicioso; yo estaba á su lado como una especie de tutor suyo, y no sólo tenía el encargo de dirigir al partido, sino que el partido quería que yo contuviese á su jefe y le impidiese hacer trastadas. Entonces, ya que yo no podía evitar aquel desatino, me pareció que debía ordenarlo un poco á fin de que no se descubriese y el partido no pudiera acusarme de no haber salvado á un hombre que era nuestro rey. Pero la adversión que me inspiraba aquel hecho, pudo más que todos los cálculos políticos.

Estaba yo hablando con Lorenzo del escándalo del día, cuando D. Carlos regresó con unos señores, que no sé quiénes eran, y ordenó que se pusiera la mesa. Llamáronme, y me presenté en el comedor; nos sentamos, y empezamos á comer con gran silencio.

Yo esperaba con curiosidad que, siquiera para salvar las apariencias delante de aquellos forasteros, diría D. Carlos alguna cosa del robo; fué inútil, porque no me habló ni se atrevía á mirarme de frente.

Terminada la comida se marchó con aquellos señores, y á altas horas de la noche regresó en un estado... El infeliz se había embriagado, hablaba balbuceando y andaba á tropezones.

D. Carlos mandó entonces llamar á la baronesa y traer licores. Bajó la baronesa, trajeron los camareros el licor, y el Pretendiente empezó á beber de un modo desenfrenado: quizá en el hotel existan todavía los criados que intervinieron en esta escena. Averigüese, pregunteseles, y veréis cómo corroboran que esta-

ba completamente borracho. (*El público prorrumpe en gran hilaridad*).

Yo bajé también, prosigue Boet, porque deseaba hablarle, saber al pormenor lo que le había ocurrido y darle algún consejo, pero al verle en aquel estado, conocí que no se le podía hablar.

D. Carlos no se daba cuenta de su situación; estaba ufano del ruido que el robo había hecho, de los periódicos que habían ido á preguntar lo sucedido y de la credulidad de la gente. «Mañana, exclamaba, todos los periódicos hablarán de mí, incluso *El Figaro* de París, lo cual me da importancia.» No es posible pintar aquella escena.

D. Carlos, cuando está ébrio, tiene un timbre de voz entre afeminado y llorón, que le da un carácter grotesco. Además, como estaba allí la baronesa se descomponía de tal modo con ella, que me marché para no ver el final de lo que preparaba.

Esperé hallarle más sereno al día siguiente, y en efecto, le pude hablar, y lo hice seriamente. La escena que entre ambos ocurrió, más que de hombre á hombre, fué de padre é hijo. Yo le hablé con el cariño y la reflexión de un hombre afectuoso y de experiencia que desea salvar á un chico mal criado y atolondrado por cuyo porvenir se interesa.

Lo que voy á contar es tan grave, que quisiera que D. Carlos estuviera aquí para que los señores Jurados vieran el efecto que le causaba; pues aunque sea un hombre sin moralidad, es imposible que no se turbase y conmoviera. Ruego, pues, á la presidencia que lo introduzca.

El Presidente.—D. Carlos no está en Milán y no sabemos si querrá presentarse.

Voces en el público.—No vendrá; tiene miedo á verse en presencia de Boet.

Fiscal.—D. Carlos está citado para el día 25. Esperemos hasta ese día para ver si se presenta ó no. Después decidiremos.

Boet.—Yo he hablado del modo que lo he hecho, en la convicción de que D. Carlos estaría presente: él podría decir si le calumnio. Pero, en fin, ya que no ha venido, continúo.

En aquel mismo día «jome don Carlos que debía haberme presentado á la policía. Me repugnaba este paso, pero él me alentaba, jactándose además de que no sólo había sabido engañar al pobre Galvani sino también á la justicia.

Le hice ver la iniquidad de su conducta y lo que tenía de grave para su familia y su partido; le recordé los héroes que por él se habían batido y muerto en sangrientas batallas, á sus hijos, á su esposa, á sus tíos los condes de Chambord, y creí que se había conmovido, al oírle: «Lo hecho no tiene remedio;

cambiaré de vida, si salgo bien de este trance; ayúdame con tus consejos.»

Reflexionó Boet á continuación, que si la policía hubiera sido lista y procede á un registro en el hotel, coge el Toisón en la cómoda de la corista húngara; que D. Carlos se cuidó de que él no declarase, porque le dijo que sus respuestas no le gustarían mucho si le obligaban á ir, añadiendo: «¡Si hubierais visto, señores Jurados, cómo se reía el Pretendiente de la credulidad del juez! Recuerdo este incidente de sus declaraciones, del que hacía gran chacota. Preguntóle el juez con misterio: «¿No sería posible que este fuese un robo político?»; á lo que D. Carlos contestó con gran sorna. «¡Oh, muy político; al menos ha sido hecho con mucha política!»

Desde luego se vió que había empeño en favorecer á D. Carlos; no entendiéndolo el juez español, hacia que D. Carlos le tradujese las respuestas de Arbulu; así quedaban enmendadas las faltas que éste cometía y que eran muy gordas; lo cual daba lugar á que su amo y rey le dijese á cada paso: «¡bestia!, ¡animal!, ¡estúpido!, ¡mentecato!»

Un incidente vino á complicar la situación. La baronesa, espantada del bullicio que armó aquella farsa, de claró á D. Carlos que no quería guardar más tiempo la joya. D. Carlos, después de una escena borrascosa con ella, propuso á Boet que la guardase, rogándole, llorando, invocando la memoria de su padre, de sus hijos, los compromisos de partido, el honor de su familia... Y lo abrazaba y le decía: «¡Tú, sólo tú puedes salvarme!... ¡No me abandones!... ¡Sálvame por Dios!»

Al fin me rendí... por lástima. ¡Ah! ¡Nunca lo hiciera! Con todo, me rendí condicionalmente, pues le pedí que hiciera cesar los procedimientos y pesquisas de la justicia á fin de que no se comprometiera á nadie. Él me prometió que así lo haría.

Partió la baronesa para Turín y nosotros nos quedamos en Milán para evaluar algunas diligencias. Una noche D. Carlos llevó á Lorenzo á una casa de prostitución, donde lo hizo degradar y emborracharse; la escena fué tan repugnante, que el mismo Lorenzo me dijo que le daba vergüenza el papel que el señor había hecho delante de él.

Por fin nos marchamos á Turín, donde nos esperaba la baronesa, y allí vivió en común con ella, sin recatarse de nadie, ni en el hotel ni en la ciudad. De allí partimos para París y ella se hospedó en el hotel Freinland.

Séame permitido, señores, llamaros la atención sobre algunas coincidencias que son de interés capital. D. Carlos vivió públicamente con la

corista en Gratz, donde vivían su madre, su hermano y cuñados; en Venecia, á pesar de ser muy conocido por haberse criado allí y tener también familia; en Turín y en París. ¿Por qué no hizo lo mismo en Milán, donde no tenía ni madre, ni hermanos, ni deudos, ni mujer, ni hijos? Porque allí representó la farsa del robo y no le convenía descubrir que tenía relaciones con la baronesa corista.

Ya en París, D.^a Margarita encontró muy extraño que nada se le hubiera escrito sobre el robo. D. Carlos contestó que tenía ya indicaciones sobre el paradero de la alhaja y un dictámen de un célebre abogado mejicano, que ella traduciría al italiano.

Entretanto, proseguían las averiguaciones para encontrar á los supuestos ladrones del Toisón. Cansado yo del papel que se me obligaba á hacer, fui á Passy para celebrar con D. Carlos una seria conferencia.

El príncipe estaba dado á los demonios. «Por tu causa, me dijo, no puedo visitar á la baronesa, que se encuentra en un hotel sola, y como no entiende el francés, se aburre mucho. Esta noche no puedo ir á verla; es Noche-Buena. ¡Sería un escándalo para todas las viejas legitimistas!» A pesar de esto, visitó aquella noche á la baronesa.

Y aquella misma noche, en el café Riche, me negué á tener más tiempo en mi poder el Toisón. A mis observaciones contestó que yo, y ninguno otro más que yo, podía ocuparse de la venta del Toisón, y que ésta debía de hacerse en Madrid, donde no había policía. Insistí que antes de vender la alhaja era indispensable procurar el sobreseimiento del proceso de Milán desistiendo de la denuncia, y convino en ello. «Estoy sin dinero—me dijo—y creo que debemos empezar por vender algunos brillantes.»—«¿Es una imprudencia!»—le contesté.—«Bayona, donde se encuentra mi familia, es una ciudad llena de carlistas, y si se aperciben de que llevo algún brillante, se descubre al instante el negocio. Es preferible venderlos en París.»—«No—replicó D. Carlos—aquí se encuentra doña Margarita y sería fácil se entere. Vete á Bayona; si no te envió dinero, vende la alhaja.»

Escribimos en dos tarjetas las palabras convencionales *tenas* (vende); *no tengasas* (no vendas); *sin capuchas* (sin reserva). A estas palabras debía yo contestar en francés *reçu é brûlé*.

Después de esto salimos juntos de paseo: D. Carlos tuvo la extravagancia de decirme: «¿Quedaría contenta la baronesa, si le regalara uno de

(Continuará).